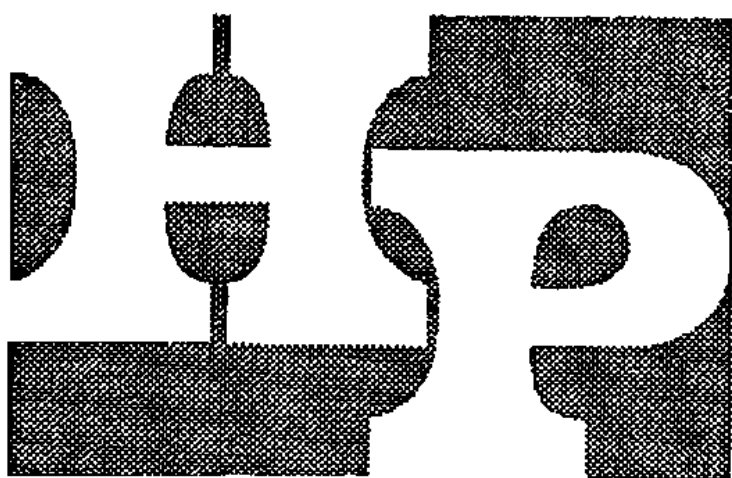


Silver Kane

Póker de difuntos





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

POKER DE DIFUNTOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 435
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B, 10.020 – 1978

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: mayo, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

Capítulo primero

CINCO NAIPES

La ciudad se llamaba Villita.

Pese a ese nombre diminutivo, no era una ciudad pequeña. Se hallaba en Nuevo México, no lejos de Albuquerque y de Las Vegas. Tenía un Banco, un saloon, una iglesia, unas cuantas barberías y almacenes y unas cuantas chicas alegres. La gente solía decir que en Villita no faltaba de nada, y que cualquiera —fuese un comerciante, un clérigo o un caradura—, podía vivir bien allí, porque encontraba el ambiente que le era más propicio.

Eso hacía que llegaran bastantes forasteros a Villita.

Como el de aquella mañana.

Claro que el de aquella mañana llamó la atención más que los otros, porque era joven, fuerte y con pinta de pistolero profesional. Llevaba el revólver muy bajo y con la funda sujeta al muslo por medio de una correílla. Sus ojos eran penetrantes y duros.

Dejó su caballo a la puerta de uno de los dos hoteles.

Porque hemos olvidado decir que en Villita había dos hoteles también, y uno de ellos de bastante categoría.

Ése fue el que eligió el desconocido.

Tras amarrar el caballo, entró en el hotel y se dirigió al dueño, que miraba con visible disgusto sus ropas llenas de polvo.

—Buenos días —dijo amablemente el desconocido.

—Hola, amigo —contestó el dueño—. ¿Está seguro de que no se equivoca de sitio?

—¿Por qué?

—Mire por el cristal al otro lado de la calle. ¿Qué ve?

—Pues… otro hotel.

—Eso es. Otro hotel. Es el más modesto, el que frecuentan los vaqueros como usted. Éste sólo está destinado a ganaderos ricos y gente de categoría.

El forastero, pese a lo que aquellas frases podían tener de insultante, no se ofendió.

Se limitó a meter la mano en uno de sus bolsillos y a sacar un puñado de monedas de oro.

—¿Qué le parece esto? —preguntó—. ¿Cree que podré pagar la cuenta?

Los ojos del dueño brillaron.

—Bueno… Eso es distinto. Son cinco dólares diarios, señor. Tendrá la habitación que quiera.

—Eso es igual. Sólo deseo que sea tranquila.

—Firme aquí, por favor.

Le tendió el libro registro, y el forastero firmó. A partir de ese momento dejó de ser un desconocido, porque el dueño del hotel se cuidó muy bien de mirar enseguida el nombre. El recién llegado se llamaba —o al menos se hacía llamar—, Johnny McCarthy.

Cuando estaba en los peldaños de la escalera que llevaba al piso superior, el recién llegado se volvió para decir:

—No se moleste en mirar el nombre, amigo. Me llamo Johnny McCarthy, pero puede llamarme de una forma mucho más sencilla. Más o menos como me llama todo el mundo.

—¿Qué nombre le dan? —preguntó el dueño del hotel.

—Muy fácil de recordar: Gun.

El hotelero se estremeció.

—¿Gun?[1]

—Es fácil de recordar, ¿no?

—Desde luego que sí, señor… Demasiado fácil. ¿Y cuál es su oficio, si se puede saber, señor?

—Adivínelo.

—Me… me temo que lo adivino, señor.

—Le concretaré más —dijo Gun—. Yo trabajo en combinación con los fabricantes de ataúdes.

—¿De qué modo?

—Ellos ponen la caja, y yo pongo el relleno.

—Co… comprendido, señor.

El forastero siguió subiendo. Pero aún no se había perdido de vista en lo alto de la escalera, cuando se giró otra vez.

—Tres cosas —dijo—. Primera: quiero que sea bien atendido mi caballo.

—Claro que sí, señor.

—Segunda: necesito un baño. Tercera: quiero que me compren ropas a mi medida. Envíe a alguien al almacén. Pagaré la factura en cuanto me las traigan. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, señor.

El hotelero lo vio desaparecer al fin en lo alto de la escalera. Luego giró el libro y examinó el nombre.

—De modo que Gun… —susurró—. Vaya, parece que hoy no tengo demasiada suerte…

El forastero, que al parecer llevaba sueño atrasado, durmió hasta la llegada de la noche. ¿O tal vez era ésa su costumbre? ¿Quizá era uno de esos tipos que sólo empiezan a vivir cuando la tierra está cubierta por las sombras?

El hotelero se hizo esa pregunta al verle bajar las escaleras despaciosamente.

Gun ya parecía otro, con sus ropas nuevas y su cara bien afeitada. Pero continuaba llevando el revólver del mismo modo, y en sus ojos seguía brillando aquella misma chispita inquietante.

—¿Quiere cenar algo, señor? —preguntó el hotelero.

—Puede que sí… La verdad es que empiezo a sentir apetito, Pero también necesito otra cosa.

—Dígame.

—Villita es una ciudad alegre, ¿no? Me han dicho que aquí hay «ambiente» para todo el mundo.

—Encontrará chicas en el saloon, señor. Y no son feas.

—No me refiero a eso.

—¿No?

—Lo que yo quiero es jugar una partida.

—Ah, de modo que quiere jugar… En ese caso vaya al piso superior del saloon. Allí hay una verdadera timba que empieza a animarse a esta hora y no para hasta el amanecer. Pero le advierto que se juega fuerte.

Gun asintió.

—Eso es lo que me gusta —dijo enigmáticamente—. No se

puede usted imaginar lo que disfruto cuando me despluman.

Y salió.

El hotelero volvió a gruñir para sí mismo:

—Además de pistolero resulta que es jugador… Continuamos sin tener suerte…

El saloon estaba muy animado a aquella hora.

Como bien había dicho el hotelero, existían allí unas cuantas chicas, y además muy bonitas. Villita debía ser una ciudad bastante próspera cuando ellas estaban allí, porque las chicas de su clase no suelen perder el tiempo. Algunas volvieron sus ojos hacia el forastero apenas éste empujó los batientes, porque su alta estatura y su planta atlética llamaban la atención. Y más de una pensó de repente que el dinero no lo es todo en la vida. Pero a pesar de las carantoñas que algunas hicieron, llegando incluso a subirse las medias en presencia suya, el forastero no les dedicó ninguna atención. Se dirigió a la barra y pidió un vaso de *whisky*.

Mientras lo bebía lentamente, preguntó:

—Me han dicho que aquí puedo jugar una partida.

El camarero le miró bien.

Aquel tipo no tenía aspecto de pasar hambre, pero tampoco de nadar en oro.

—Se juega fuerte, amigo —dijo.

—Lo sé.

—Entonces vaya arriba, al piso superior. Encontrará una puerta al fondo del pasillo. Llame tres veces.

—Es un verdadero garito, ¿eh?

—Un garito de verdad, amigo.

—Naturalmente pertenecerá al mismo dueño de este local.

—No.

—¿Cómo que no?

—El dueño de este local es el señor Baxter. Mejor dicho, él lo tiene arrendado. El dueño de todo es el señor Stockton, quien se reservó para sala de juego una de las habitaciones de arriba.

—Hum… Me gustaría conocer al señor Stockton.

—No creo que pueda conseguirlo.

—¿Por qué?

—No pregunte tanto y juegue si quiere, forastero. Arriba, en el primer piso.

El joven subió.

Vio, efectivamente, una puerta al fondo del pasillo y llamó tres veces en ella.

Le abrieron sin ninguna ceremonia.

Por lo visto era muy habitual que llegaran forasteros allí, porque nadie se extrañó de su presencia.

Gun miró al que le había abierto la puerta.

—¿Está el señor Stockton? —preguntó.

—No. El señor Stockton casi nunca viene por aquí. Le será muy difícil hablar con él. Pero ¿por qué quiere verle? ¿No ha venido usted a jugar?

—Sí. Sólo he venido a eso.

—Entonces elija cualquier mesa en la que faltan jugadores. Aquí es norma que se admita a jugar a cualquiera, siempre que en la mesa haya sitio libre y el recién venido demuestre que tiene dinero, si los demás no le conocen. De modo que ya lo sabe.

Gun asintió.

—Sí, ya lo sé —dijo.

Buscó con los ojos una mesa y vio una en que sólo había tres hombres, y en la que ninguna partida había empezado aún. Pidió permiso y se sentó. Los otros tres le miraron fijamente.

Gun entendió lo que querían.

Sacó varias monedas de oro y las puso ante él. Totalizaban quinientos dólares.

—¿Les parece bastante? —murmuró.

—Sí… por el momento —dijo el que estaba frente a él—. Pero si los pierde, no intente seguir jugando a crédito, forastero. Aquí no nos fiamos de nadie.

—Lo comprendo muy bien.

—¿Quiere baraja nueva?

—Sí.

El que había hablado hasta entonces —y que era el único que había despegado los labios—, hizo un gesto al camarero para que trajese una baraja sin estrenar.

Gun se fijó bien en aquel hombre.

Era el ejemplar clásico de cacique de una ciudad. Tendría unos treinta años, lo cual quiere decir que era demasiado joven para haber amasado una fortuna él mismo. Seguramente la plata le venía

de sus padres. Se le notaba muy seguro, y al mismo tiempo se notaba también que desconfiaba de todo el mundo.

Preguntó al joven:

—¿Cómo se llama?

—Gun.

—Será un apodo, ¿no?

—En efecto, es un apodo.

—Pues no tiene gracia. En fin, el nombre de los jugadores poco importa. Lo único que interesa es su dinero y sus cartas.

—¿Y usted? ¿Cómo se llama usted? —preguntó Gun.

—Todo el mundo me conoce.

—Yo no.

—Está bien… Me llamo William. Soy el dueño de los dos almacenes que hay en la ciudad.

—Lo celebro, señor William. Me derrito por jugar con gente rica.

El otro no se dio cuenta de la ironía.

—Ponga mucho cuidado en no hacer trampas, forastero —dijo —. Aquí no las toleramos.

—Lo tendré en cuenta, amigo.

Repartieron cartas.

Gun, por supuesto, no pensaba hacer trampas. No había ido allí a eso, así como tampoco a ganar dinero. Sus intenciones al llegar a Villita eran muy otras. Incluso ya se había resignado de antemano a perder sus quinientos dólares, si con ello lograba saber algo de lo que quería.

Pero la suerte viene en busca de uno cuando uno la desprecia.

Las tres primeras partidas fueron favorables a Gun. Y como se jugaba fuerte, pronto sus quinientos dólares se transformaron en mil doscientos.

William estaba pálido.

Continuamente miraba las manos de Gun, por si éste hacía trampas.

Pero como Gun no las hacía, era imposible pescarle.

William masculló:

—Parece que hoy se le dan bien, forastero.

—Las cartas, como las mujeres, tienen días —dijo filosóficamente Gun—. Y suelen acudir cuando uno no las busca.

—Pero con las cartas y con las mujeres hay que ser audaz,

forastero. Hay que arriesgarse.

—¿Va a hacerme alguna sugerencia, señor William?

—Sí, una. Usted tiene aquí mil doscientos. Vamos a ver si se los juega a una sola partida contra mil doscientos míos.

—Lo prudente es hacer eso cuando uno ve el juego que tiene, señor William.

—¿Se arriesga o no?

—No.

—Entonces es usted un cobarde.

Las manos de Gun temblaron un momento, pero sus facciones permanecieron impasibles.

—Le voy a explicar por qué no lo hago, señor William.

—¿Por qué?

—Porque está usted nervioso. Por lo visto ha desplumado a muchos forasteros, y desde el instante en que yo he puesto los pies aquí, ha pensado que correría la misma suerte. Le confieso que yo casi pensaba lo mismo. Pero las cosas me han rodado bien, y resulta que soy el que gana. Usted ha pensado desde la primera partida que estoy haciendo trampas, señor William. Y si pierde esta última lo pensará aún más. De modo que no quiero provocar ningún incidente.

—Si hace trampas lo desenmascararé, forastero.

—Bueno, ya que se empeña… Está bien, juguemos.

La partida fue exclusivamente entre Gun y William. Los otros se quedaron como simples espectadores de primera fila. Y Gun ya se hizo a la idea desde el principio de perder todo su dinero.

Pero hay que insistir en que la suerte viene cuando uno la desprecia, y en que huye cuando uno más la necesita. El amigo lector ya habrá observado eso muchas veces, a lo largo de su vida. Además, Gun era un excelente jugador. Entre una cosa y otra, se encontró con un excelente juego en sus manos.

Pero como no quería líos, descartó dos veces, no con ánimo de mejorar la combinación, sino de enviarla al diablo.

Las dos nuevas cartas eran que ni pintadas. Le resultó una suculenta escalera de color.

—Aún está a tiempo de reflexionar, señor William —dijo—. Puede retirarse si quiere.

William le miró con las facciones congestionadas.

—Eso sería una cobardía.

—Nadie le va a acusar. He empezado esta partida a disgusto. Si quiere que dejemos las cosas como están, será mejor para los dos.

—Sobre todo para usted, forastero.

—¿Por qué dice eso?

—Porque ahora lo veo claro: tiene un juego detestable. Y quiere, al menos, salvar sus mil doscientos dólares. Y guardando la cara, encima.

Gun se encogió de hombros.

—Usted mismo lo dice todo, amigo.

—¡Muestre sus cartas!

Gun las mostró.

El otro se quedó lívido.

Tenía doble pareja, lo cual no era un mal juego. Pero de nada le servía ante una auténtica escalera de color.

Gun susurró:

—Ya lo ha visto, amigo.

E hizo ademán de llevarse el dinero que había encima de la mesa.

Pero William golpeó salvajemente, con el puño cerrado, la mano con la que intentaba recogerlo.

—¡Quieto, sucio tramposo!

Gun mostró las palmas de sus manos, volviéndolas a un lado y a otro.

—Ya ve que no guardo ninguna carta, amigo. Y tengo las mangas lo bastante subidas para que no se me pueda acusar de nada.

Uno de los que estaban en la mesa intercedió:

—Tiene razón, William. Yo lo he observado bien. El forastero no ha hecho trampas.

—¡Porque ha dejado caer ya la carta al suelo! ¡Mirad!

Y señaló hacia un lado de la mesa.

Todos miraron hacia allí, al suelo, porque de haber sido cierto aquello, hubiera resultado una acusación evidente. Hasta el mismo Gun desvió la mirada hacia allí, pese a que sabía que él no había lanzado ninguna carta. Pero tuvo por un momento miedo de que la hubiera lanzado el propio William y se valiese de ello para acusarle.

Sin embargo, no había nada en el suelo.

Lo que quería William era otra cosa.

Cuando todos estuvieron distraídos, en especial el propio Gun, sacó de debajo de su levita, con un movimiento centelleante, un «Derringer» plateado, de dos cañones.

Fue a disparar con él.

Y hubiera triunfado con cualquier otro, porque la verdad fue que su movimiento resultó veloz y hábil. Pero Gun no llevaba su apodo por casualidad. Gun era un verdadero matador de hombres.

Con el rabillo del ojo se dio cuenta del movimiento de su enemigo. Y giró la derecha de tal modo, que pareció como si el revólver hubiera brotado de entre sus dedos.

William no había visto nunca a nadie «sacar» con tal rapidez.

Y no volvería a ver a nadie más.

Porque la bala le penetró por en medio de la frente cuando él todavía no había tenido tiempo de apretar el gatillo, pese a disponer de todas las ventajas. Cayó hacia atrás, lanzando un chillido de horror.

Gun no necesitó disparar otra vez.

Sabía que su enemigo estaba muerto.

Gun guardó el revólver poco a poco, mientras paseaba una lenta mirada en torno suyo.

—Todos ustedes han visto que él me provocó —dijo—. Y han visto, además, que lo del naipe en el suelo fue una treta para matarme.

—Cierto —dijo uno de los que estaban a la mesa—. Lo hemos visto, Gun. Por ese lado puede marchar tranquilo.

Gun susurró:

—Celebraré que todos piensen lo mismo.

Y avanzó hacia la puerta, abriendo poco a poco. Un momento después descendía al saloon, donde, a causa de las paredes acolchadas, nadie había oído el menor ruido.

No le persiguieron.

Los que estaban arriba se preocuparon tan sólo de levantar a William. Debajo de su cuerpo sin vida aparecieron cinco naipes manchados de sangre.

CAPÍTULO II

QUIETO, SEÑOR GUN

Al volver al hotel, Gun pensó en seguir durmiendo. No era conveniente dar vueltas por la ciudad, donde podía surgirle un conflicto. La prudencia aconsejaba dejar que las cosas se fueran aposentando y que la sensación causada por la muerte de William «descansara» durante aquella noche.

Al día siguiente la gente vería las cosas de un modo distinto.

Al entrar de nuevo en su habitación guardó en las bolsas de su silla, que tenía ya allí, el dinero que había ganado, y sacó en cambio un marco que empezó a colgar en la pared, valiéndose de un clavo corto y de un martillo pequeño.

Era un marco muy extraño.

En él había cinco naipes.

Bueno, ¿eran naipes aquello?

Debajo del cristal, ¿qué había realmente?

Gun no parecía preguntárselo.

Gun estaba muy tranquilo, clavando aquello de espaldas a la puerta, cuando de repente ésta se abrió.

Y una voz dijo:

—Quieto, señor Gun.

El joven se volvió a medias.

Miró de soslayo, por encima de su hombro.

Pero lo que vio le pareció asombroso. Tan asombroso que se giró de repente, mirando hacia la entrada con ojos muy abiertos.

Allí había un revólver. Un respetable «Colt» 45, de los que hacen pupa a cualquier distancia.

Eso no tenía nada de particular, sin embargo.

Pero detrás del revólver se encontraba una chica vestida con ropas masculinas, las cuales se ceñían diabólicamente a las curvas de su cuerpo.

Pero ni aun eso tenía nada de especial.

Ya se sabe que en este mundo hay muchas chicas estupendas. Es una de las primeras cosas que los hombres acostumbramos a comprobar.

Pero lo que resultaba asombroso de verdad era que aquella muchacha llevara sobre la camisa una estrella de *sheriff*.

Repitió:

—Quieto, señor Gun.

No hacía falta decir aquello, porque Gun no pensaba moverse. No se hubiera movido en toda una semana.

Ella entró del todo y cerró la puerta a su espalda, sin dejar de encañonarle.

—Va a hacer una cosa, señor Gun —dijo.

—¿Cuál?

—Suelte su petardo.

Él obedeció. Se desciñó la correílla que le sujetaba el revólver al muslo y luego se desabrochó el cinto.

El revólver cayó sobre la cama.

Sólo entonces preguntó:

—¿Quién es usted?

—¿No lo ve? El *sheriff*.

—Yo sólo veo una estrella. Pero debajo de la estrella no veo ningún hombre.

—¿Es que hace falta que el *sheriff* sea un hombre?

—Yo creo que sí.

—En Villita las cosas son distintas, señor Gun.

—Pues me parece que andan equivocados. Y que me empalen si usted fue elegida para ese cargo, amiga.

—No, no fui elegida.

—Entonces explíqueme este lío, amiga.

—Es muy sencillo. Mi padre es un magnífico tirador, y tenía dos hijos que eran también dos campeones con el revólver. Por eso, cuando se eligió a mi padre para el cargo, ya se previó que pudiera estar enfermo o herido, y en esas condiciones, se dijo en su

nombramiento, sería sustituido por «sus hijos».

—Muy bien, pero usted no es sus hermanos.

—Mis hermanos murieron en sendas emboscadas cuando cumplían su deber —dijo suavemente la muchacha—. Ya no existen. Y como mi padre está ahora enfermo y el nombramiento no ha sido modificado, yo soy «sus hijos», señor Gun.

El joven miró asombrado a la muchacha.

Tan asombrado que hasta se le abrió la boca.

—De modo que legalmente, y por extraño que parezca, usted ejerce las funciones de *sheriff* —susurró.

—Sí. Y hasta he prestado juramento.

Gun estaba más asombrado cada vez.

Le gustaban las curvas de la chica, le gustaba su cara, le gustaba todo, pero en cambio no le hacían ninguna gracia ni el revólver ni el tono de su visita.

De modo que susurró:

—¿A qué ha venido?

—Usted ha matado al señor William.

—Sí, no lo niego. En esa especie de garito del señor Stockton. Pero él me provocó, y además actué en defensa propia.

La chica no movía el revólver.

—Ya me lo han dicho, señor Gun.

—Entonces, ¿por qué no…? Dígame… ¿por qué no desvía de una vez el cañón de ese cacharro? Hace media hora que me está apuntando al centro de la cabeza.

Ella bajó el cañón un poco.

—Así me gusta, muchacha —dijo Gun—. Esas cosas no están hechas para usted. Seguro que la gente que nombró a su padre, cuando fue escrito eso de «sus hijos», no pensó ni por asomo que los dos varones morirían, y que por carambola la estrella podía ir a parar a usted.

—No, no lo pensaron. Pero le garantizo que yo tiro casi tan bien como mis hermanos, señor Gun.

—Palabra de honor que la creo. No hace falta que usted se empeñe en demostrármelo.

La muchacha se acercó un poco más a él, mirándole fijamente, como si quisiera catalogar qué clase de tipo humano era.

—Sé que ha obrado en defensa propia, señor Gun —murmuró al

cabo de unos instantes—, y por eso no pienso detenerle. Pero he de advertirle que la ley tiene unas exigencias. Se ha de celebrar un juicio para determinar las causas de la muerte del señor William. Una vez los testigos hayan declarado lo mismo que me han dicho a mí, usted será absuelto y podrá marcharse si quiere. Pero, mientras tanto, le advierto que no puede moverse de la ciudad.

Gun suspiró, tranquilizado.

Todo aquello le parecía muy normal.

—No pensaba irme —dijo.

—Lo celebro. Pero quiero preguntarle una cosa.

—Pregunte lo que quiera. Aunque déjeme adivinar… Usted quiere saber si soy soltero.

—No me interesa si es soltero o viudo, señor Gun. Sólo quiero saber a qué ha venido aquí. ¿Tal vez a jugar?

—No. Yo no soy un jugador, aunque haya ido a parar al garito de Stockton.

—Pues entonces, ¿a qué ha venido?

—Digamos que a colgar este cuadro.

Y lo señaló.

Fue entonces cuando, por primera vez, la muchacha se fijó en aquel extraño cuadro.

Ni siquiera podía llamársele así.

Era un sólido marco de metal con espejo, cuyo fondo estaba formado por una capa de terciopelo rojo. Entre ésta y el espejo, sólidamente prensados entre ambas cosas, había cinco naipes.

Claro que tampoco podía decirse que se tratara de naipes.

No merecían ese nombre.

Aunque tenían el mismo tamaño que las cartas de la baraja, así como un número, estaban dibujados a mano, en colores, y no presentaban los clásicos dibujos del póquer, ni los de ningún otro juego conocido en tierras del Oeste.

¡Y eso que allí se conocían todos!

La mujer-*sheriff* parpadeó.

—¿Qué es eso? —musitó—. ¿Quizá un juego chino?

—No puede decirse que sea exactamente un juego.

—Pues entonces, ¿qué es?

—Acérquese, amiga mía. ¿Qué ve usted?

—Veo cinco naipes. Cuatro de ellos están vueltos de cara, y el

último invertido, de modo que no se ve lo que hay dibujado en él.

—¿Y qué hay dibujado en los otros cuatro?

—En el primero, un león.

—Siga.

—En el segundo, una serpiente.

—Estupendo, estupendo. Continúe…

—En el tercero hay algo… muy indecoroso.

—¿Qué es? ¿Por qué no lo dice?

—Bueno… Son las piernas de una chica.

—No veo que tenga nada malo. Imagine usted que todas las chicas fueran cojas.

—No se trata de eso… Son unas piernas pensadas para seducir. No les faltan ni unas medias muy finas.

—Exacto… No les falta nada. Pero ¿por qué no continúa? ¿Qué hay en el cuarto naipe?

—Un escorpión, señor Gun.

—Tiene usted buena vista.

—¿Qué significa todo esto?

—Lo que usted ha visto.

Ella parpadeó, más asombrada cada vez.

—Sigue pareciéndome un juego, señor Gun. Un juego incomprensible. ¿Qué hay en el último naipe?

—¿El que está vuelto del revés?

—Sí, en ése.

—Es el más sencillo de todos.

—Pero ¿qué hay en él?

—El retrato de un hombre.

—Es muy extraño, más extraño cada vez. ¿Y por qué no lo vuelve boca arriba, como los otros?

—Lo volveré a su debido tiempo.

—Pero ¿qué hombre es?

—Ah, la insaciable curiosidad femenina… Aunque sea usted *sheriff* sigue siendo mujer. Y por su gusto no pararía hasta hacerme volver el último naipe. Pero no puedo, muchacha. En primer lugar me daría demasiado trabajo, porque habría que sacar el marco, y el marco, como usted verá, es metálico y de una solidez a toda prueba. Hay una segunda razón: no me interesa por el momento que nadie vea esa cara en Villita.

—Entonces, ¿es una cara que tiene alguna relación con esta ciudad?

—Mucha.

—¿Por qué no me lo explica? Al fin y al cabo soy el *sheriff*.

—Y es también una mujer.

Ella pareció ofenderse ante aquella larga serie de negativas. Por otra parte se dio cuenta de que sí, de que estaba actuando más como mujer que como *sheriff*.

—No me interesa nada de ese estúpido juego, señor Gun —dijo desdeñosamente—. Puede colgar ese cuadro ahí tantas veces como quiera, mientras el dueño del hotel se lo permita. Y ahora no olvide lo que le he dicho: mucho cuidado con tratar de salir de la ciudad.

—No lo olvidaré, muñeca.

—No me llamo «muñeca», señor Gun.

—Lo sé. Sólo he tratado de provocarla para que me diga su verdadero nombre.

—Me llamo Jezabel.

—Bonito. Bonito de verdad…

—No me interesa su opinión, señor Gun. Mañana a las once pase por mi oficina.

Y cerró la puerta.

Gun quedó pensativo. Aún creía tener ante sus ojos, juveniles y poderosas, las curvas de la mujer.

Pero eso duró muy poco.

Inmediatamente terminó de colgar el cuadro, dando la sensación de que ya la había olvidado por completo.

CAPÍTULO III

UNA CIUDAD INTRANQUILA

A la mañana siguiente, Gun no se dio demasiada prisa en bajar a la calle.

Después de desayunar copiosamente —pues la noche anterior no había cenado—, se dirigió a la oficina del *sheriff*.

Pero antes entró a tomar una copa en el saloon.

Quería saber lo que se decía acerca del suceso de la noche anterior.

Había bastantes clientes en el local, pero todos le hicieron enseguida un hueco en la barra. El que atendía personalmente ésta no era el camarero de la noche anterior. Se trataba de un hombre bien vestido, de unos treinta años, alto y fornido. Se movía con esa especial autoridad del que está en su casa. Y, en efecto, como no tardó en comprender Gun, era el propio dueño.

Se dirigió hacia él:

—¿Qué quiere beber, señor Gun?

—Vaya… Veo que la gente me conoce.

—Aquí se conoce enseguida a los tiradores rápidos. La casa le invita.

—¿No les ha sabido mal que muriera el señor William?

—A todos nos ha sabido mal —dijo el dueño—. ¿Para qué negarlo? Pero cuantos vivimos en esta ciudad conocemos las reglas del juego y las aceptamos. El que quiere matar se expone a morir, ¿no es eso? De modo que nada hay que objetar a la accidentada defunción del señor William. Gun asintió con una cabezada.

—Vaya… Menos mal que la gente es comprensiva aquí —dijo—.

Sírvame *whisky*, por favor.

Cuando tuvo el vaso en la mano, murmuró:

—Usted debe ser el señor Baxter.

—Sí. Soy yo, en efecto. El dueño.

—Creí que estaría usted ofendido porque esa… digamos «defunción», ocurrió en sus locales.

—No son míos, sino del señor Stockton. Yo lo tengo arrendado todo menos la sala de juego. Ésa se la reservó personalmente él.

—Entonces quizá me convendría ver al señor Stockton.

—Le será difícil ver al señor Stockton.

—¿Y eso…?

—Viene poquísimo por aquí. Apenas una vez cada tres meses, a ver cómo van las cosas. Éste es un negocio demasiado pequeño, de modo que no le presta apenas atención personal.

—Por su modo de hablar, me parece que no le tiene usted simpatía, señor Baxter.

—Que se vaya al infierno.

—¿Por qué?

—Si supiera lo que pago por el arrendamiento de este local lo comprendería.

—¿Cuánto paga, señor Baxter?

—La cifra es lo de menos. Perdone, pero usted es forastero y no se lo voy a decir con demasiado detalle. Le bastará saber que debo pagarle un tanto por ciento de la recaudación. Y que ese tanto por ciento me lo aumenta cada año, so pena de echarme de aquí.

—Y a usted le sería muy difícil empezar de nuevo en otro sitio.

—Imagínese.

Baxter hizo un gesto de hastío y murmuró:

—Cuando uno tiene un establecimiento abierto en un lugar, se le hace muy difícil empezar con cambios. Al principio, además, las cosas fueron bien. Eso no puedo negárselo. Pero los gastos aumentan, y el señor Stockton cada vez se me lleva más dinero.

Gun asintió, indicando que se hacía cargo.

Baxter añadió, rencorosamente:

—Cualquier día le voy a vaciar la carga de un revólver en la cabeza. No se puede tratar con gente así… En fin, le estoy aburriendo con mis problemas, señor Gun. Beba a gusto y olvídese de todo lo que le he dicho.

—Lo olvidaré, señor Baxter. Y espero que acuda usted al juicio cuando esté convocado. Espero que diga todo lo que sabe sobre la muerte de William.

—Descuide, lo diré.

—Claro que lo dirá —murmuró una voz a espaldas de Gun.

Éste se volvió.

Jezabel estaba allí, luciendo su estrella de *sheriff*. Había entrado sin hacer ruido. Los clientes que a aquella hora había en el local no sabían si mirar su estrella, su revólver o sus curvas. Al final todos se inclinaban por esta última posibilidad.

Jezabel añadió:

—No se preocupe usted por el juicio, Gun. Es una simple formalidad, ya se lo dije. Bastará con que yo declare lo que sé para que se de carpetazo al asunto.

—Celebro oírle decir eso, *sheriff*. Siempre tranquiliza.

—¿Por qué no ha venido a mi oficina?

—Ahora mismo iba a ir.

—Es igual, no se moleste. Tiene que firmar una declaración, pero ya lo hará en otro momento. Lo que quería es garantizarle que no habrá dificultades…, siempre que usted no las ponga.

—¿Qué trata de insinuar?

—No insinúo, sino advierto. Usted es un pistolero, señor Gun, y los pistoleros siempre acaban buscando camorra. No mate a nadie más, porque entonces las cosas podrían complicarse mucho.

—Tendré en cuenta su advertencia, *sheriff*.

La hermosa muchacha asintió. Y a partir de ese momento terminó desentendiéndose del asunto.

Miró a Baxter.

—He oído lo que decía de Stockton —murmuró.

—¿Y qué? —preguntó.

—Si intenta algo contra él, tendrá que vérselas conmigo o con mi padre —advirtió Jezabel, que parecía tener la energía de un hombre, aunque… aunque con curvas de auténtica señora—. Y le digo más: advertiré al señor Stockton cuando venga.

—Eso será difícil.

—¿Por qué?

—¿Y lo pregunta? Demasiado lo sabe usted. Stockton sólo viene una noche cada… ¡cada cuando le da la gana! Y no para aquí ni dos

horas. Sólo habla con Faber, su guardaespaldas y hombre de confianza.

En aquel momento se oyó otra voz.

—¿Me nombraban? —preguntó alguien.

Todos alzaron la cabeza para mirar hacia arriba.

Por la escalera que llevaba al piso superior y a la sala de juego descendía un hombre. Gun recordó haberlo visto la noche anterior, pero entonces no se había fijado demasiado en él porque había otras personas en el local, alguna de las cuales podía ser peligrosa, y no le era posible centrar su atención en un solo hombre. Ahora, sin embargo, se pudo fijar muy bien en él. Era alto, fuerte y cuadrado, pero de cintura estrecha y fina. Tenía los brazos largos y los dedos ágiles, como correspondía a un auténtico pistolero. Llevaba la funda sujeta con una correílla, exactamente igual que Gun.

Baxter parpadeó.

—No… no decía nada, señor Faber —susurró.

—Me había parecido oír nombrar al señor Stockton.

—Está confundido.

—Sé que usted no le tiene demasiada simpatía —dijo Faber—, pero el señor Stockton hace lo que es justo. Se trata del cumplimiento de un simple acuerdo comercial. Nadie le obligó a aceptarlo. Pero si usted lo aceptó, lo cumple y se calla.

Baxter parecía muerto de miedo.

Sus manos temblaban sobre la barra.

—Hasta ahora lo he cumplido, señor Faber —tartajeó—. No sé a qué viene eso.

—Sólo era un recordatorio, señor Baxter —dijo Faber—. Usted cumpla y viva tranquilo.

No necesitó decir una palabra más.

El sentido de sus frases quedaba bien claro.

Pasó por entre la gente y, sin mirar a nadie, salió del local.

Una presión agobiante e invisible pareció deshincharse cuando hubo atravesado la puerta.

Hasta Jezabel suspiró.

Gun terminó de un trago su vaso de *whisky*.

—Parece que ese tipo no le resulta simpático a nadie —dijo luego.

—Es el guardaespaldas de Stockton. Y el hombre que administra

sus intereses aquí.

Jezabel dijo de repente:

—Bueno, nada tengo que hacer aquí. Voy a dar una vuelta por la ciudad.

—La acompañaré —ofreció.

—No hace falta.

—Firmaré la declaración que usted ha dicho antes. Mejor será liquidar ese asunto, ¿verdad?

—De acuerdo, iremos a mi oficina.

Y salieron juntos.

Gun le dirigió una mirada de soslayo, pero le bastó para convencerse de que pocas veces en su vida —o ninguna—, había caminado por la calle con una mujer como aquélla.

A cierta distancia había un gran cartel amarillo donde se leía: «Marshal's
Office».

Mientras se dirigían hacia allí, Gun susurró:

—Me extraña que ese Faber no se metiera anoche conmigo, cuando maté a William.

—No se metió con usted porque William debía importarle muy poco. Y además es su norma no obrar a tontas y a locas. Seguro que anoche le observó muy bien, y sin duda le seguirá observando hasta el momento en que se enfrenten, si es que ese momento llega.

—Por mí, no —dijo Gun encogiéndose de hombros—. Yo no tengo nada contra él.

—Es mejor así. La verdad es que Faber se limita casi exclusivamente a la sala de juego. Allí impone su ley. También se la impone a Baxter, cuya caja controla diariamente, de modo que no puede estafarle ni un níquel a Stockton. Y así no es necesario que éste se acerque demasiado por aquí. Tiene otros negocios por Nuevo México, según parece, y el de Villita no es el más importante.

—Pero Baxter tiene razón. Le están chupando la sangre, ¿no?

Jezabel asintió.

—Sí, creo que tiene razón. Pero no es asunto mío, y, por tanto, no puedo intervenir. Si hay algo que no sea legal en su contrato deben revisarlo, pero eso corresponde al juez y no al *sheriff*. Además, tengo otras preocupaciones.

—¿Por ejemplo…?

—Los atracos.
—¿Qué atracos?
—Los que se cometen en toda esta zona de Nuevo México.
—¿En su condado?
—No, en mi condado, no; pero sí en los vecinos…
—¿Entonces por qué se inquieta?
—Porque se asegura que la banda tiene su escondite aquí. Y precisamente por tener su escondite en el condado, no actúa en él.
—¿Una banda en Villita? Si realmente se acercaran por aquí no sería difícil encontrarla.
—Yo no he visto que se acerquen —murmuró Jezabel—. Aquí siempre somos los mismos vecinos, aparte de algún forastero como usted que enseguida me ocupo de controlar. O no es cierto que la banda esté en Villita u obran con tanta astucia que no me ha sido posible descubrir el menor indicio. Pero no hablemos de eso, porque al fin y al cabo no es asunto que le importe a usted. Ya llegamos a mi oficina.
Entraron en ella.
Consistía en un despacho bastante bien amueblado, en el que había una gran mesa, tres butacas, un armario y un armero con cuatro rifles.
—Aquí tiene el documento que ha de firmar —dijo Jezabel, entregándole un papel que había sobre la mesa—. Léalo primero.
Gun lo leyó.
Era una declaración de lo ocurrido en la sala de juego, con la muerte de William y demás sucesos. A Gun le pareció muy ajustada a la verdad. Además, figuraban en el acta una serie de declaraciones que Jezabel había recogido en el primer momento, y que acreditaban que Gun había obrado en defensa propia. Por tanto, el joven no tuvo el menor inconveniente en firmarla.
Luego se la entregó a la muchacha.
—Ya ve que no existirán complicaciones —dijo ella—. Pero tenga cuidado, todo podría estropearse. No mate a nadie más.
Gun se puso en pie.
—Procuraré no olvidar su advertencia —dijo.
Pero, en realidad, él no había venido a Villita para hacer caso de lo que dijese un *sheriff*, aunque ese representante de la ley fuera una hermosa mujer.

Él había venido para otras cosas.
Para una serie de cosas que pronto se sabrían.

CAPÍTULO IV

TERROR EN VILLITA

No resultaba difícil saber quiénes eran los hombres más ricos de la ciudad. William había sido uno de ellos, pero no precisamente de los más destacados. Existían otros que le daban ciento y raya en eso de reunir dinero. Uno de ellos debía ser Stockton, si es que a Stockton se le podía considerar vecino de Villita. Otro era el banquero Robles.

Pese a que Robles tenía apellido hispano, era el tipo perfecto del yanqui puro. Si entre sus antepasados figuraban algunos de los guerreros que conquistaron Nuevo México, ésos ya se habían perdido en la noche de los tiempos. Ahora vivía y trabajaba en una especie de fortaleza construida con piedras, donde estaban su Banco, sus oficinas privadas y su vivienda. Todo ello quedaba ubicado no lejos de la oficina del *sheriff*, al otro lado de la calle.

Gun se dirigió hacia allí.

Diríase que se dirigía al Banco a hacer cualquier operación rutinaria, como retirar dinero o depositarlo.

Pero Gun no iba a hacer nada de eso.

Entró en el local, que estaba vacío de clientes a aquella hora, y se dirigió a la ventanilla de «Pagos».

El cajero, que no parecía demasiado amable, le dirigió un gruñido.

—¿Qué desea?

—Ver al señor Robles.

—No sé si podrá.

—Procure que pueda.

—¿Le conoce a usted?
—No.
La verdad es que Gun no había visto a Robles en su vida.
—¿Y de qué asunto quiere tratar?
—Dígale que se trata del porvenir de su Banco.
El cajero rió socarronamente.
—Ya sé.
—¿Qué es lo que sabe, amigo?
—Usted mató a William anoche.
—¿Y eso despierta su imaginación, chupatintas?
—Supuse desde el primer momento que eso ocurriría —dijo el cajero—. Todos los pistoleros hacen igual. Todos demuestran sus habilidades de algún modo para luego llegar a ser guardaespaldas del señor Robles.
Gun ni negó ni afirmó.
Sólo lanzó un gruñido.
—Dígale al señor Robles que le interesa verme —fue todo lo que dijo.
El cajero hizo una seña a alguien que parecía haber surgido del suelo, porque unos momentos antes no estaba allí. Se trataba de un individuo alto, desgarbado y con ojos penetrantes. A la legua se notaba que era el pistolero que estaba protegiendo el Banco.
El hombre midió a Gun con la mirada, como si quisiera clasificarlo. Al fin se encogió de hombros y entró en un despacho que había en el fondo del corredor, y al que correspondía una lujosa puerta acolchada.
Poco después volvió a salir.
—Entre, Gun —dijo—. El señor Robles le espera.
Gun entró.
Pero el pistolero entró con él.
Por lo visto, Robles tenía ordenado que no le dejasen con desconocidos ni un momento.
Mientras el guardaespaldas se situaba en la puerta, detrás de Gun, Robles hizo a su visitante una seña para indicarle que se sentara.
El banquero era joven. Como William, el muerto. Por lo visto, la gente rica de aquella ciudad había llegado a poseer una fortuna a edades en que la mayoría de la gente aún está tratando de situarse.

Robles iba vestido con mucha elegancia y tenía un aspecto levemente desdeñoso. En vista de que Gun no se sentaba, lo midió de pies a cabeza, como el que examina un caballo antes de comprarlo.

El examen pareció satisfacerle, pero se notaba que aún no estaba seguro del todo.

—¿Qué te parece, Jess? —murmuró.

Jess era, sin duda, el pistolero que estaba a espaldas de Gun.

—Bueno, no niego que tal vez sea un buen pistolero. Al menos tiene planta —dijo Jess—. Pero habrá que probarlo. Y todo depende también de lo que pida.

Robles arqueó una ceja.

—Tú —dijo mirando a Gun—, ¿qué pides?

—Me parece que aquí hay una equivocación, Robles.

—«Señor» Robles —corrigió el banquero, mientras a sus ojos asomaba una chispita de orgullo herido.

—Yo no he venido a que me contrataran.

—Pues ¿entonces a qué?

—A hablar con usted.

—¿A hablar conmigo? ¿A hablar conmigo un pistolero vulgar? En fin, uno siempre tiene sorpresas. Di pronto lo que sea.

—Sólo trato de pronunciar un nombre, Robles.

—«Señor» Robles. A ver si lo aprendes de una vez, o te hago echar a puntapiés. Di ese nombre.

—Es muy sencillo: Marian.

El banquero parpadeó.

El nombre de mujer parecía no decirle nada.

—Era rubia —musitó Gun—. Rubia y muy bonita.

Entonces sí que Robles pareció recordar algo.

Pero no se movió. No alteró ni un dedo de los que tenía posados sobre la mesa. Sólo hizo que sus ojos trazaran una especie de guiño dirigido al hombre que estaba a espaldas de Gun.

Gun captó aquel guiño.

Y se dio cuenta de lo que significaba.

Por otra parte, lo estaba esperando.

Su derecha se movió con una rapidez meteórica, imposible de distinguir con la mirada. El revólver pareció brotar de entre sus dedos, como había ocurrido cuando mató a William.

Disparó por debajo del codo, sin volverse.

Conocía perfectamente la situación de Jess, y por eso le alcanzó de lleno. Los dos balazos parecieron clavar al pistolero en la pared. Lanzó un grito y soltó el revólver con el que ya se disponía a acribillar por la espalda a Gun.

Robles se dispuso a enmendar aquel fallo.

Era joven y tenía reflejos. Su derecha voló para sacar el revólver del cajón central de su mesa.

En esa postura le sorprendió el balazo de Gun.

Había logrado colocar el «Colt» en línea de tiro, pero no pudo apretar el gatillo. La bala le atravesó el cuello. Lanzó un estertor y cayó de bruces, mientras giraba sobre sí mismo y lanzaba un chorro de sangre.

Gun comprendió que ya no necesitaba ninguna bala más.

Introdujo de nuevo el revólver en la funda, apartó con el pie el cuerpo de Jess para poder abrir la puerta, y salió al exterior.

En el Banco seguía sin haber clientes.

Sólo los empleados, que habían oído los disparos. Y que al ver aparecer a Gun alzaron los brazos, sin querer exponerse a una bala. Ninguno de ellos parecía dispuesto a jugarse la vida para salvar el dinero del dueño.

El cajero que antes le había mirado tan despectivamente era el que más temblaba.

Fue él quien susurró:

—Le… le abriré la caja.

—Esto no es un atraco —dijo Gun.

—Pues ¿qué es?

—Un simple ajuste de cuentas.

Los empleados estaban boquiabiertos.

Por unos momentos el silencio fue tan espeso en el local que pudo oírse hasta el ritmo de sus respiraciones alteradas.

Gun susurró:

—Quietos todos. Quiero las manos a la altura de la cabeza, como están ahora. Si alguien hace un solo movimiento al salir yo, le aso.

Nadie intentó hacer ese movimiento.

Todos se quedaron como estaban, mientras Gun andaba los pocos pasos que le separaban de la puerta y, abriéndola, llegó a la calle.

Pero allí se encontró con una sorpresa.

¿O quizá no lo fue?

Él sabía —o debía saber—, que de todos modos tenía que ocurrir aquello. Los disparos se habían oído también desde la calle, aunque débilmente. Y Jezabel acudía corriendo con el revólver dispuesto.

Vio salir a Gun.

En el primer momento no pensó que él fuera el responsable de aquellas detonaciones.

Iba a entrar en el local, pero en ese mismo instante salía el cajero con las facciones desencajadas. Tropezó con Jezabel sin verla.

—¡*Sheriff*! ¡*Sheriff*! —gritó.

Jezabel murmuró:

—¿Qué le ocurre? ¿No me ha visto?

—¡Han matado al señor Robles! ¡Y a Jess, su guardaespaldas! ¡Los dos están en el despacho, entre un charco de sangre!

—¿Quién ha hecho eso…?

El cajero fue a señalar hacia algún punto lejano, porque suponía que Gun ya estaría lejos. Y cuando, al tender el brazo, lo vio casi junto a él, por poco sufre un síncope.

Se le quedó señalando como un pasmarote.

—Ha sido… ha sido… —balbució.

E inmediatamente cerró los ojos, porque pensó que lo menos que Gun haría sería descerrajarle una bala.

Jezabel comprendió al instante.

Y demostró ser una mujer que tenía los reflejos más rápidos que muchos hombres.

Su revólver vomitó plomo. Pero no fue plomo dirigido a Gun, sino al revólver de éste. Lo partió por la mitad. Quedó convertido en un trasto que no le serviría ya ni para jugar al «pim pam pum» a un niño.

Gun no se movió.

Sus facciones estaban perfectamente impasibles cuando dijo:

—No sé por qué se ha molestado, hermana. Tampoco iba a «sacar».

—¿Usted ha matado a Robles?

—Sí.

Jezabel quedó anonadada ante la facilidad de aquella confesión,

dándose cuenta de la tremenda importancia que tenía.

—¿Se da cuenta… de lo que significa?

—Claro que me doy cuenta…

—¿También ha matado a Jess?

—A él en primer lugar. Porque Jess iba a liquidarme por la espalda.

—¿Qué testigo tiene de eso?

—Ninguno —reconoció francamente Gun.

Su tranquilidad dejaba anonadada a Jezabel.

Se notaba que la muchacha no había vivido nunca una situación semejante.

—Venga a mi oficina, Gun —dijo—. Eche a andar o le descerrajo una bala en los riñones.

Gun sonrió débilmente.

Seguía estando tan tranquilo como si le invitaran a beber una copa.

—Nunca falto a la cita de una dama —dijo—. Si usted quiere que nos encontremos en su oficina, nos encontraremos allí.

Ella no supo qué responder.

Le hizo una seña con el revólver para que echara a andar.

A todo esto, la calle se había llenado de gente. Un verdadero corro de personas se había formado en torno a Gun. Y como siempre que se reúne una verdadera multitud, empezaban ya a sonar unos irresponsables gritos de salvajismo.

—¡Linchadle!

—¡Es un asesino!

—¡En Villita no queremos gente así!

—¡A la horca!

Gun pasó tranquilamente entre una nube de rostros agresivos y de puños que le apuntaban a la cara, pero que no se atrevían a rozarle. La que no estaba tan tranquila era Jezabel. Si alguien hacía gesto de saltar sobre el prisionero, ella tendría que disparar, y esa sola posibilidad le dejaba la boca seca.

Suspiró aliviada cuando llegaron a su oficina.

Hizo una seña a Gun para que entrase, y ella se encaró con la multitud que les había seguido.

Los gritos arreciaban.

Buscó desesperadamente algo que distrajera a aquella multitud,

y al fin lo encontró.

—¡Necesito ver los cadáveres! —gritó—. ¡Traedlos a mi oficina!

La curiosidad pudo más que los deseos de venganza. Todos corrieron hacia el Banco. Hubo una especie de ansia frenética por ver muerto a Robles, el hombre que hasta aquel momento había sido considerado como uno de los más poderosos de la ciudad.

Cuando la calle se hubo despejado, ella miró a Gun.

—Las cosas se están poniendo mal —dijo—. Será mejor que no le vean cuando vuelvan.

—Me temo que no les va a quedar otro remedio. Esto es pequeño, y yo no pienso esconderme bajo la mesa.

En aquel momento apareció en el umbral alguien más.

Era un hombre de mediana edad, alto, delgado y fuerte como un roble. Se le notaba enfermo, porque caminaba incluso un poco encorvado, pero en sus ojos brillaba la decisión. Era uno de esos tipos que, a cualquier edad que tengan, cuando uno los ve, piensa: «He aquí a un hombre».

Jezabel susurró:

—¡Papá…!

El verdadero *sheriff* de Villita avanzó, miró de soslayo a Gun y luego a la multitud que ya se acercaba, trayendo dos cuerpos sin vida.

—He oído los gritos —dijo el *sheriff*—, y me he levantado, aunque me devora la fiebre. Tú has hecho lo que tenías que hacer, Jezabel. Si esos energúmenos quieren un linchamiento, yo les enseñaré de qué color son las balas de este «Winchester».

En efecto, la multitud venía muy excitada, pero hubo una especie de reflujo cuando en la puerta apareció el viejo *sheriff*.

Éste no movió el rifle. Con que se enteraran de que lo tenía bajo el brazo ya había bastante.

—Los que lleváis los cadáveres, entradlos en la oficina —ordenó —. Los demás… ¡a casa!

—¡Queremos justicia, *sheriff*! —gritó alguien.

—¡Se hará justicia, os lo prometo! ¡Pero se hará de acuerdo con la ley! ¿Algún disconforme?

Un tipo joven, de unos veinticinco años, velludo como un oso, adelantó.

—Sí, yo —dijo.

Nadie supo cómo sucedió aquello.

Nadie pudo comprender cómo el *sheriff* había movido el rifle con tanta rapidez, hasta estrellar la culata en la cabeza del provocador.

Se oyó un chasquido.

Y si el joven no quedó muerto fue por eso: porque era joven y a su edad se aguanta todo. Pero cuando cayó sin sentido al suelo, ya no sabía si tenía la cabeza sobre los hombros o bajo los pies.

El *sheriff* advirtió:

—Esto ha sido sólo una advertencia. Todos vosotros sabéis que con este rifle puedo hacer otras muchas cosas que no son sencillamente machacar cabezas.

La multitud retrocedió.

El viejo *sheriff*, aunque estuviese enfermo, seguía inspirando respeto.

Cuando la calle hubo quedado despejada, el *sheriff* entró de nuevo en la oficina.

Miró los dos cadáveres e hizo un gesto que indicaba a la vez asco y admiración.

—Buenos disparos —dijo—. De profesional.

—Uno hace lo que puede —dijo tranquilamente Gun.

El *sheriff* produjo un crujido con sus nudillos.

—Debería haber dejado que la multitud le colgase. Y aún puedo hacerlo.

—Este hombre debe ser juzgado legalmente, papá —susurró ella —. Olvídate de lo que has visto y vuelve a casa. Se nota que no puedes tenerte en pie.

En efecto, al *sheriff* le debía arder la frente. Tenía incluso los ojos turbios.

—Ya no hay peligro —dijo—. La gente se irá calmando. Sí… Volveré a casa.

Y salió de allí. Las ocho personas que habían traído a los cadáveres, y que aún estaban en la oficina, le abrieron paso. Algunos fueron a salir con él.

Jezabel lo impidió.

—Quédense —dijo—. Necesito testigos a la hora de registrar los cadáveres. A ver, una bolsa de papel.

Alguien que debía conocer bien la oficina, abrió uno de los cajones del escritorio y extrajo dos grandes sobres que tendió a

Jezabel. Otro tomó una hoja de papel para ir apuntando.

Jezabel, sin sentir la menor aprensión, fue retirando todos los objetos que había en los bolsillos de los muertos, al tiempo que los enumeraba para que el otro los fuese apuntando. Empezó por el pistolero Jess.

—Cien dólares en monedas de oro.

—Una docena de balas calibre 45.

—Un pañuelo.

—Una bolsa de tabaco.

—Una caja de fósforos.

—Una botella petaca de *whisky*.

Eso era todo lo que el cadáver de Jess llevaba encima. Los objetos fueron colocados en el sobre, junto con la lista, que firmaron los testigos.

Luego fue registrado el banquero Robles.

La lista era más copiosa y más importante.

—Mil dólares en billetes y doscientos en moneda.

—Dos pañuelos perfumados.

—Un puñal.

—Una cajita de madera con tres cigarros habanos.

—Una caja de fósforos.

—Una colección de recibos ya pagados.

—Una colección de retratos de chicas ligeras de ropa.

—Un billetero de piel.

Mientras enumeraba este último objeto, Jezabel miró mejor el billetero.

—Pon que es de piel de serpiente —añadió.

Un pensamiento muy fugaz pareció pasar por su cerebro en aquel instante, pero tan fugaz que lo olvidó enseguida.

Cuando esa segunda relación estuvo firmada y dentro del sobre, ambos fueron guardados en el cajón del escritorio.

—Hay que llevarse los cadáveres de aquí —dijo Jezabel—. Llamad al empresario de pompas fúnebres.

—Nosotros mismos los llevaremos —sugirió uno de los testigos —. No hace falta que traiga la carreta.

—Como queráis.

Los cuerpos fueron sacados de allí, y los ocho hombres, movidos por el mismo sentimiento de curiosidad, salieron juntos. No se

dieron cuenta de que Gun y Jezabel quedaban solos.

Pero Jezabel sí que se dio cuenta.

La invadió una extraña sensación, como si de repente todo fuera distinto, como si hasta el color del día hubiese cambiado.

Miró a Gun, que estaba muy quieto y muy tranquilo junto a ella.

El pensamiento maldito, aquel pensamiento en el que Jezabel no quería creer, seguía dando vueltas en torno a su cráneo como si fuera una mariposa negra.

Gun la miraba fijamente.

Los dos pensaban lo mismo. Los dos sabían lo que había en el cerebro del otro, pero no se atrevían a decirlo.

Fue ella quien musitó:

—Estoy pensando algo que no tiene sentido. Pero quiero preguntártelo, porque de lo contrario sé que no voy a dormir en toda la semana.

—Pregúntalo.

—Es algo relativo a ese portamonedas… de piel de serpiente.

—¿Qué pasa con él?

—Diríase que el difunto Robles lo tenía en mucha estima. Ahora recuerdo que lo llevaba siempre. Sus iniciales estaban estampadas en oro sobre la piel.

—Sí… Era un objeto muy hermoso.

—Y muy característico de Robles, ¿verdad?

—En efecto —reconoció Gun.

—Sigo pensando esa cosa que no tiene sentido.

—Quizá lo tenga. Dilo de una vez…

—En aquel marco que colgaste en tu habitación… había cinco naipes. Uno de ellos tenía pintada una serpiente.

—Sí…

—Esa serpiente…, ¿quería significar tal vez a Robles?

Gun no afirmó ni negó.

Sencillamente, dejó que sus facciones siguieran tan impasibles como siempre.

—Contesta —musitó Jezabel.

—Bueno, supongamos que sí —dijo él.

—Entonces…

—Entonces, ¿qué?

—Quedan cuatro naipes, Gun.

—En efecto. Cuatro naipes.

—¿Significa eso que cuatro personas más tienen que morir?

Gun tampoco afirmó ni negó.

Jezabel estaba mortalmente pálida.

—¿Por qué? —jadeó—. ¿Por qué…?

—Más vale que no preguntes, muchacha.

Sin darse cuenta, llevados por el dramatismo del momento, habían pasado a tratarse de un modo más íntimo, como si se conocieran desde siempre.

—Estoy preguntando —murmuró Jezabel—. Tengo derecho a preguntar.

—Pues sí —reconoció Gun—. Cuatro personas más tienen que morir.

—¿Cuál es la razón?

—Una vieja historia.

—¿Qué historia?

—A ti no te importa, Jezabel. Es algo demasiado sucio.

—¡Quiero saberlo! —gritó—. ¡Necesito saber! ¡Soy el *sheriff*!

—Olvídalo, muchacha.

—Tal vez pueda olvidar eso… Pero hay otras cosas que no conseguiré olvidar nunca. Por ejemplo, que tú eres un asesino. Que has venido a Villita a cometer cinco crímenes.

—Supongamos que sí.

—No matarás a nadie más, Gun.

—¿Estás segura?

—Vas a pasar inmediatamente a una de las celdas. De allí sólo saldrás para ir al juzgado. Y del juzgado saldrás para ir a la horca.

—Es todo un programa —dijo él—. Resulta muy consolador saber de antemano lo que le va a ocurrir a uno.

—Así no habrá sorpresas. Entra en la celda, Gun.

—¿Cómo piensas obligarme?

—Con esto.

El revólver brillaba otra vez en las manos de la muchacha. Había demostrado que sabía usarlo. Y Gun estaba completamente desarmado ante ella.

Por eso mismo Jezabel no entendió lo que había ocurrido. Cuando más tarde intentó recordar aquello, no supo cómo había empezado, aunque sí cómo terminó. De repente notó que su

revólver volaba por los aires, a causa de un manotazo de Gun. Fue un manotazo tan rápido, certero e imprevisto, que ella no tuvo tiempo ni de doblar bien el dedo sobre el gatillo. En cuestión de segundos se encontró desarmada. Y en cuestión de segundos más, vio que estaba entre los brazos del hombre.

Los labios de Gun buscaron los suyos.

Fue algo tan asombroso para Jezabel, que en el primer momento no supo evitarlo.

Normalmente estamos preparados contra las cosas a las que tememos, pero no contra las que no esperamos, y que además nos desconciertan.

A Jezabel no la habían besado nunca.

Aquello fue para ella como una revelación, como algo que no sabía si maldecir o desear, si temer o pedir a gritos que se repitiera.

Estaba como enloquecida.

De miedo, de sorpresa, de indignación…, pero también de deseo.

Cuando reaccionó, ya no era una chica a la que no han besado nunca. Por el contrario, la habían besado largamente. Dio un empujón a Gun y lo apartó de sí. Entonces ella quedó apoyada en la pared, jadeante, sintiendo que los labios le abrasaban.

El revólver estaba a sus pies.

Sabía que podía recogerlo en cualquier instante, pero no lo hizo. Gun tampoco lo apartó, a pesar de que hubiera podido hacerlo fácilmente, moviendo un pie.

Se dirigió a la puerta.

—¡No te muevas! —gritó Jezabel—. ¡Te abrasaré si lo haces!

—Ya me has abrasado, muchacha.

—¡Quieto o te mato!

Había recuperado el revólver. Le apuntaba con él.

Gun sabía que en cualquier instante podía volarle la cabeza.

Una leve opresión con el dedo índice, un chasquido y…

Pero ella no lo hizo.

Aunque le apuntaba en línea a la cabeza, sus manos temblaban de tal modo, que le era imposible disparar.

Gun fue a atravesar el umbral.

—¡Te lincharán! —gritó ella—. ¡En cuanto aparezcas en la calle te lincharán, loco!

Gun la oyó perfectamente, pero no hizo caso.

Salió a la calle.

Y Jezabel bajó el revólver poco a poco, como obsesionada, mientras una lucecita antes desconocida para ella brillaba en el fondo de sus ojos.

CAPÍTULO V

LOS MISTERIOSOS NAIPES DE LA MUERTE

Sí. Gun sabía que podían lincharle.

Estaba solo, sin armas y en una población hostil. Pero en cuanto tuviera un revólver, la cosa iba a ser distinta. Porque muchos querrían matarle, en efecto. Pero ¿quién le ponía el cascabel al gato?

Lo primero que hizo fue entrar en una armería situada a muy poca distancia.

Como tenía su cinto canana, sólo necesitaba un revólver.

—Quiero un «Colt» 45 —murmuró.

El dueño de la tienda le miró como si estuviera sufriendo una alucinación…

—¿U… usted? —balbució.

—Ya ve. Lo primero que se me ha ocurrido al quedar libre es convertirme en su cliente.

—¿Qué… qué ha sido de Jezabel?

—No se preocupe. Está bien.

—No me va a hacer creer que le ha soltado…

—Algo así. Ella tiene razones muy particulares para que yo esté libre. Se trata de salvar a la ciudad de un peligro que la amenaza, ¿comprende?

—No, no entiendo nada.

—Hay un complot que les amenaza a todos ustedes, y Robles formaba parte de él. Puede contar eso a cualquiera que se lo pregunte.

El armero asintió, asombrado.

Pensó que algo debía haber de verdad, puesto que Gun había salido sin disparar un tiro. Todos los síntomas eran que Jezabel lo había soltado por alguna razón que sólo ella sabía.

Ésa era la versión que a Gun le interesaba hacer circular.

Quería que sólo unas cuantas personas en la ciudad vieran las cosas claras.

Eligió un «Colt» 45 de cañón largo y lo probó varias veces, metiéndolo en la funda y sacándolo con la mayor rapidez. Llegó a la conclusión de que el arma le convenía.

La cargó, pagó su precio y salió tranquilamente de la tienda.

Se dirigió al hotel.

Tenía la sensación de que mucha gente le miraba a través de las ventanas, pero todos debían estar tan asombrados como el dueño de la armería. Notó que algunos hombres se dirigían furtivamente a la oficina del *sheriff*.

Sin duda querían preguntar lo ocurrido.

¿Qué versión les daría Jezabel?

Bueno, eso no le importaba por el momento.

Entró en el hotel.

Gun subió a su habitación.

Abrió la puerta.

Y entonces vio a aquel tipo.

El individuo estaba vuelto de espaldas a él, y por su modo furtivo de actuar, cualquiera lo hubiera confundido con un ladrón. Pero no pensaba robar nada. Lo único que hacía era curiosear el extraño cuadro de los cinco naipes que Gun había colgado a la cabecera de su cama.

Lo había vuelto del revés, para ver si podía abrirlo.

Pero la parte posterior del cuadro también era metálica, y la chapa estaba dotada de una cerradura que encajaba perfectamente en el marco.

Imposible abrir aquello sin disponer de la llave.

Claro que también podía llevarse el marco y abrirlo fuera de allí, a golpes y con la ayuda de unas tenazas.

Eso fue lo que el individuo resolvió hacer.

Se puso el marco bajo el brazo, y cuando iba a salir casi tropezó con Gun, al que no había visto.

Sus facciones se volvieron lívidas.

La derecha fue mecánicamente al revólver, pero se detuvo al ver que Gun ya tenía la mano cerrada sobre la culata.

—Tate, tate, amigo… —susurró Gun—. Más vale que no hagas gestos que pueden ir mal para la salud. Baja la mano.

El otro destensó los dedos y dejó que el brazo cayera suavemente a lo largo del cuerpo.

—No comprendo cómo está libre, Gun —balbució.

—Y yo tampoco comprendo por qué iba a repartirse mi herencia antes de que me colgaran.

—¿Se… refiere a esto?

Mostraba el marco que llevaba bajo el brazo izquierdo. Gun le indicó con los ojos que lo dejara sobre la cama.

El otro obedeció.

Todos sus músculos estaban en tensión, pero Gun comprendió que no intentaría nada contra él porque tenía miedo.

—¿Por qué trataba de llevárselo? —preguntó.

—Había despertado mi curiosidad.

—¿Cuál es la razón?

—Simplemente eso: curiosidad. Se lo acabo de decir.

—Usted no tenía ni por qué saber que el cuadro estaba en esta habitación.

El individuo tragó saliva penosamente.

—Le confesaré algo —susurró.

—Confiese. Pero en voz alta. Que se oiga bien.

—Yo había estado ya en este cuarto.

—¿Por qué?

—Es una costumbre, una vieja costumbre.

—No le veo la lógica.

—Yo trabajo para el señor Bradley. Ya debe usted saber que el señor Bradley es uno de los más ricos ganaderos de la comarca.

—Sí.

—Pues bien, le interesa estar enterado en cada momento de qué clase de gente llega a la ciudad.

—¿Y le envía a usted a registrar las habitaciones?

—Les doy un vistazo… El dueño del hotel no se opone, porque sabe que eso le costaría enemistarse con el poderoso Bradley. No toco nada, pero uno aprende muchas cosas viendo el equipaje de un viajero. Se nota enseguida si es hombre de paz o de guerra. Sus

armas, sus trajes y sus libros, si es que los lleva, dicen más acerca de él que docenas y docenas de palabras.

—Y entonces informa a Bradley, ¿no?

—Exactamente. Y Bradley dice si el forastero es un indeseable o no.

—¿Y yo qué soy?

—Un tipo extraño.

—¿Por qué?

—En seguida me llamó la atención ese marco con los naipes. Le hablé de él al señor Bradley. Y éste no le dio importancia.

—¿Cuál es la razón de que se la de ahora?

El otro no contestó.

La conversación parecía haber llegado para él a un punto peligroso, del que de ningún modo quería pasar.

—Yo se lo diré —murmuró Gun—. Usted ha escuchado desde la puerta de la oficina del *sheriff*, a escondidas, mi conversación con Jezabel.

El otro no lo negó, lo cual equivalía a una completa afirmación.

—Y ha oído lo del naipe donde hay dibujada una serpiente. Y su relación con la muerte de Robles. Y entonces ha recordado cosas.

—Sí… —masculló el otro penosamente—. He recordado ese extraño marco con los naipes. Y quería enseñárselo al señor Bradley.

—¿Para qué?

—Bueno… A él quizá le convendría tomar una decisión.

—¿De qué clase?

—Pues…, por ejemplo, tratar de abrir ese marco. Y mirar muy bien los naipes…

—¿Qué necesidad hay de eso? Los naipes se ven perfectamente…

—Menos uno —dijo el intruso.

—Y quieren saber lo que hay dibujado en él, ¿verdad?

—Pues… pues sí.

—¿Qué teme el señor Bradley? ¿Que esté dibujada su cara?

El intruso no contestó.

—Vas a hacer una cosa —dijo Gun—. No intentaré nada contra ti, pero pondrás ese marco donde estaba. Y le dirás al señor Bradley que si quiere saber algo de esos naipes venga a preguntármelo a mí

directamente, ¿entendido?

—De acuerdo; se lo diré.

—Pues a moverse, amigo.

El intruso colocó el marco donde había estado antes y se volvió.

Gun le señalaba la puerta.

—Bajaremos los dos —dijo—. Quiero convencerme de que llegas a la calle.

Gun y el otro hombre salieron a la calle. El joven le indicó la salida norte de la ciudad.

—Hala —dijo—, volando a rancho Bradley.

Y volvió la espalda tranquilamente para dirigirse al saloon.

Hizo mal.

Nunca debió confiarse de aquel modo.

El tipo a quien había encontrado en su habitación pareció pensar que no le convenía volver hasta Bradley con las manos vacías. Y que si no había conseguido el cuadro con Gun vivo, podía conseguirlo con Gun muerto.

Por eso giró con la velocidad de un reptil.

El revólver pareció brotar de sus dedos.

Pero no supo obrar silenciosamente. Para eso hizo ruido. Sus botas crujieron al girar, y sus espuelas sonaron.

Gun se arrojó a tierra instantáneamente, mientras «sacaba» y disparaba por debajo del codo.

La bala de su enemigo pasó alta, y la suya también falló por centésimas de pulgadas. Era lógico, puesto que Gun no había tenido tiempo de apuntar.

Pero no falló su segundo disparo.

La bala atravesó la cabeza del traidor, que ya se disponía a disparar por segunda vez, aunque ahora sin ninguna ventaja.

Gun sopló el cañón del revólver.

—Lo siento —dijo—, pero supongo que todos habrán visto que él disparó primero.

Los que estaban cerca asintieron.

Podían considerar a Gun un asesino, después de lo sucedido con Robles, porque lo ocurrido en el despacho del banquero no lo había visto nadie. Pero en las poblaciones del Oeste la gente era sincera. Lo que veían lo decían.

Y esta vez las cosas habían estado muy claras.

Ninguna complicación le iba a venir a Gun por aquella nueva muerte.

Gun siguió su camino, mientras una serie de hombres rodeaban el cadáver.

—Es el hombre de confianza de Bradley…

—Eso traerá sangre.

—Bradley siempre ha tenido por norma vengar a sus pistoleros.

—Ese desgraciado de Gun no sabe dónde se ha metido.

Pero Gun sí que sabía dónde se «metía».

Por lo pronto se metió en el saloon.

Los pocos hombres que estaban en aquel momento en el local desaparecieron como por encanto. Nadie quería estar cerca de un hombre en torno al cual siempre llovían las balas. Además, la situación de Gun seguía siendo confusa. ¿Era un fugitivo? ¿O quizá lo había soltado el *sheriff* voluntariamente? ¿Qué ocurría con él?

Lo mejor, si uno no quería líos, era no enterarse y no estar cerca de un tipo semejante.

De modo que el saloon quedó vacío.

Ni siquiera había nadie atendiendo a la barra.

Gun miró extrañado, al no ver ni a los camareros ni al dueño. E iba a servirse ya *whisky* por su propia cuenta, cuando vio a Baxter bajar pesadamente las escaleras que llevaban arriba, a la sala de juego.

Baxter no dio sensación de haberle visto hasta llegar abajo.

Al distinguirle, hizo un gesto de sorpresa.

—Gun… ¿Usted aquí?

—¿Qué tiene de extraño?

—Hace diez minutos, como quien dice, iban a lincharle.

—Pero no lo han conseguido.

—Me parece muy bien. Sin embargo, no entiendo que esté libre. ¿Cuál es su situación ahora?

—Ni yo mismo lo sé. Supongo que Jezabel tratará de detenerme de un momento a otro. Pero por ahora estoy libre.

—Eso hay que celebrarlo. ¿Qué quiere beber?

—Deme una buena jarra de cerveza.

Baxter se la sirvió. Y mientras Gun bebía, dijo con voz pastosa:

—Me han asegurado que acaba de matar a otro hombre.

—Pues… pues sí.

—Y que lo ha hecho porque él trataba de llevarse un extraño cuadro que usted tiene en su habitación.

Gun dejó lentamente la jarra sobre el mostrador, sorprendido.

—¿Cómo sabe eso?

—Sé algo más. Por ejemplo, que la muerte del señor Robles tiene algo que ver con uno de los naipes de ese cuadro, uno en el cual hay pintada una serpiente.

Gun arqueó una ceja, más sorprendido cada vez.

—Usted sabe muchas cosas —dijo—. ¿Y qué más?

—Pues… lo que supone todo el mundo. Que habrá nuevas muertes. Por ejemplo, la de alguien relacionado con un león. La de alguien relacionado con un escorpión. La de alguien relacionado con las piernas de una chica. ¿Y el último? ¿Qué hay en el último naipe, señor Gun?

Éste se tomó tiempo para contestar.

Estaba realmente sorprendido.

Al fin murmuró:

—¿Cómo sabe ya todo eso?

—Las noticias corren en esta ciudad que es un contento, señor Gun.

—Pero ¿cómo han llegado hasta usted?

—Por medio del señor Stockton.

—¿El señor Stockton? ¿Es que está aquí?

—Sí. Ahora bajaba de verle. ¿Acaso no ha notado la cara de asco que todavía tengo?

—¿Y cómo se ha enterado el señor Stockton de todo eso?

—Hum… ¿Qué quiere que le diga? Él tiene medios. Seguro que alguno de sus espías ha entrado en la habitación de usted. Además, desde arriba, desde la sala de juego, se ve por un ventanuco lo que ocurre en la calle. Ha debido ver la muerte de ese hombre.

Gun asintió.

Había terminado ya su cerveza.

—Me parecen estupendas sus explicaciones, señor Baxter —dijo—, pero me gustaría hablar también un ratito con el señor Stockton.

—Dudo que él quiera recibirle.

—Hum… Me recibirá, no le quepa la menor duda. Tengo una «llave» que abre todas las puertas.

Y acarició la culata de su revólver.

Baxter salió de detrás de la barra.

—Le acompañaré —dijo—. Pero sobre todo que no haya disparos, ¿eh? Que no haya disparos.

—Creí que usted quería ver al señor Stockton muerto —dijo burlonamente Gun.

—Ésa es una forma de hablar… Entiéndame… Por encima de todo, no me gustan los líos.

—No se preocupe, tampoco tengo ningún motivo para disparar contra el señor Stockton. Sólo quiero conocerle y preguntarle por qué se interesa tanto por mis asuntos.

—Eso está mejor.

Los dos hombres subieron las escaleras. La puerta de la sala de juego quedaba al fondo.

Baxter golpeó quedamente con los nudillos en ella.

—Señor Stockton…

Nadie contestó.

—Señor Stockton…

Como seguían sin contestar, Baxter empujó la puerta.

La sala de juego tenía un aspecto muy diferente de cuando la vio por primera vez, ya que ahora entraba la luz del día a través de dos ventanucos y de una puerta secundaria que, por medio de unas escaleras, llegaba hasta la calle. Esa puerta estaba abierta y el viento la hacía oscilar levemente. Daba la sensación de que poco antes alguien había salido de allí.

En la sala no había nadie.

Pero en el gran cenicero de una de las mesas se veía aún humear un oloroso cigarro habano.

Baxter farfulló:

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa?

—Ya se ha largado el buitre.

—Por lo visto Stockton no quiere que nadie le vea.

—Tendrá algo que ocultar —gruñó Baxter—. Siempre he dicho que no es trigo limpio. En ese fulano hay algo, algo que repele… Me gustaría que usted le conociera, Gun.

—Lo que ocurre es que usted no le tiene simpatía.

—¿Y cómo he de tenérsela? Trabajo para él y así nunca levantaré cabeza. ¡Claro que no le tengo simpatía! Pero usted

mismo ha visto qué clase de tipo es. Espía por las ventanas y luego se larga. No da la cara nunca.

Gun hubo de reconocer que sí, que Baxter tenía razón.

—¿A qué ha venido esta vez? —preguntó.

—A decirme que ande listo. Y que vaya con mucho cuidado si por casualidad los beneficios bajan.

Gun suspiró levemente.

Bueno, a él todo aquello le importaba poco.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Baxter.

—Quisiera hablar con Bradley.

—Eso es peligroso. Usted ha matado a uno de sus hombres.

—Precisamente por eso. No me gustan las situaciones confusas. Prefiero decirle por qué lo he hecho.

—Bueno, si quiere jugarse la vida allá usted. ¿Le apetece otra cerveza?

—No, gracias. Saldré a la calle por aquí mismo. Además, no invite tanto a la gente, Baxter. Puede que le pida cuentas el señor Stockton.

Baxter lanzó una carcajada.

—Que se vaya al infierno ese buitre. Y ojalá allí le desplumen poco a poco.

Cuando Gun hubo salido, Baxter extrajo un cigarro de uno de sus bolsillos y se lo puso en los labios pensativamente. Rascó un fósforo y lo encendió. Estaba dando las primeras chupadas cuando Gun volvió a entrar.

—Señor Baxter…

—Diablos… ¿Usted otra vez aquí? ¿Qué hay?

—Sólo quería decirle una cosa. Se me olvidaba. Si vuelve el señor Stockton, dígale que tengo mucho interés en hablar con él.

Baxter retiró el cigarro de su boca y se lo puso otra vez entre los dientes con expresión pensativa.

—Se lo diré, pero no confíe demasiado en eso. Stockton ya no volverá.

Gun se encogió de hombros.

—Tampoco me importa demasiado… Pero ya está avisado, Baxter. Hágame ese favor.

—Con mucho gusto.

Gun volvió a desaparecer.

Baxter siguió fumando unos instantes, con gesto pensativo. Luego se encogió de hombros y salió de la habitación, volviendo al saloon, en el que ya empezaban a entrar los clientes otra vez.

CAPÍTULO VI

UN HOMBRE LLAMADO BRADLEY

Sí, Gun quería ver a Bradley.

Existían muchas razones por las cuales necesitaba hablar con el ranchero, muchas razones que también le habían impulsado a venir a Villita. Y no le importaba meterse en terreno peligroso con tal de llegar a averiguar lo que quería.

Dejó bastante atrás Villita.

Se dirigía a Santa Fe.

El cielo, antes claro, se estaba cubriendo de nubarrones. Hasta el aire parecía haberse vuelto gris. Todo el ambiente era pesado y plomizo.

Gun pensaba que no le iba a ser difícil encontrar Rancho Bradley. Sabía más o menos dónde estaba.

Ya había oído hablar de él mucho antes de llegar a Villita.

Bradley se dedicaba en él a criar reses, que luego embarcaba hacia el norte, hacia Chicago en especial, donde alcanzaba un excelente precio. También criaba caballos de raza. La fortuna de Bradley había subido mucho en pocos años. Era de esos hombres a quienes nunca les van mal las cosas, y que prosperan incluso en los años negros, cuando los otros ganaderos se hunden.

Gun calculó que podría ver a Bradley una hora después.

Pero se equivocaba.

Lo vio enseguida.

Claro que las cosas no ocurrieron tan sencillamente. Bradley no se colocó ante sus narices, sino que le envió una bala como aviso. Una bala tan certera que se llevó por delante no sólo el sombrero de

Gun, sino también algunos cabellos de su cabeza. Gun cayó de costado, no a causa de aquel balazo, sino de los que imaginó llegarían enseguida. Se parapetó entre unas piedras y sacó el revólver, mirando hacia el sitio donde acababa de sonar la detonación.

Pero entonces sonó otra.

Gun se dio cuenta de que estaba cercado.

Le matarían en cuanto quisieran. Y si no le habían matado ya era por eso: porque no querían. Al menos de momento.

Una vez sonó a su derecha, indicando que también tenía enemigos por aquel lado:

—¡Gun! ¡Suelta tu revólver!

El joven no tenía más que dos opciones: obedecer o suicidarse. De modo que obedeció.

El «Colt» cayó a tierra.

Y entonces los tiradores empezaron a surgir de todas partes, de los huecos más inverosímiles. Los había en los matorrales, detrás de las rocas, en las vaguadas… Gun contó hasta once.

Demonios, no podía decir que las cosas se le hubieran puesto bien.

Si aquello no era estar condenado a muerte, poco faltaba.

Uno de aquellos hombres era Bradley. Gun lo conoció por la descripción que le habían hecho de él. Alto, de tipo más bien abandonado, un poco triste, con expresión de fulano que sabe gustar de la vida.

Se acercó a Gun mirándole fijamente.

Gun no sabía lo que iba a hacer.

Por eso no despegó los labios.

Pero lo que hizo Bradley fue sencillo. Disparó el puño derecho con todas sus fuerzas y cazó con él a Gun, que no esperaba el impacto. El joven cayó pesadamente a tierra.

Iba a levantarse, dispuesto a demostrar a Bradley que él no era manco, pero en ese momento un cañón de rifle casi se introdujo en su boca.

—Quieto, muchacho. No cambies de postura. Estás muy bien así.

—No pensaba moverme. Estoy así la mar de cómodo.

Bradley masculló, mirándole como si fuera a patearle:

—Tú has matado a uno de mis hombres.

—Las noticias vuelan, ¿eh?

—Ese hombre no estaba solo. Un compañero que había llegado con él a la ciudad ha corrido a darme cuenta de la noticia.

—Entonces le habrá dicho también que obré en defensa propia.

—Eso no me importa.

Gun rió silenciosamente, a pesar de que la situación —al menos para él—, no tenía ninguna gracia.

—Voy a decirle algo más, Bradley: ni le importa la muerte de su perro bulldog ni le importaba la defensa propia. Usted sólo quiere saber una cosa: el secreto del maldito cuadro que yo he puesto en la habitación de mi hotel.

Bradley parpadeó sorprendido, encajando la pregunta.

—Sí —dijo—. Reconozco que eso me interesa.

—Pues pregunte, hijo mío, pregunte…

—¿Qué significan esos naipes pintados?

—Gente que va a morir.

—¿Como Robles?

—Puede que sí.

—Robles nunca se separaba de su billetero de piel de serpiente —murmuró Bradley—. Era característico en él. Por eso un naipe donde hubiera dibujada una serpiente podía muy bien referirse a él. Pero ¿y los otros? ¿Qué significan unas hermosas piernas femeninas? ¿Es que vas a matar a una chica?

—Yo diría que no.

—¿Pues qué sentido tienen?

—Si tuvieras un poco de memoria lo recordarías, amigo.

—¿Es que esas piernas tienen algo que ver conmigo?

—Puede que sí, puede que no.

Bradley estaba más nervioso cada vez.

Se le notaba con unas terribles ganas de llenar de plomo el cuerpo del joven, pero si lo hacía se quedaba sin información, y eso no le convenía de ningún modo. Atacó por otro lado.

—¿Y el león? ¿Qué significa el león?

—Una persona que tiene o tuvo relación con un bicho de esa clase —contestó Gun.

—Pero eso es absurdo… En América no hay leones.

—Los hay en África.

—Ninguna persona de estos contornos ha estado en África

jamás.

—Eso no significa nada —susurró Gun.

—Quizá te refieres a alguien que lleva tatuado un león.

—Podría ser.

Bradley soltó una carcajada.

Retrocedió unos pasos.

Entonces se notó que cojeaba un poco.

—Quizá pienses que ese león lo llevo tatuado yo —dijo, volviéndose de repente hacia Gun—. Bueno… ¡qué tontería! Yo no llevo ningún tatuaje sobre mi piel.

Y como si tuviera el mayor interés en demostrarlo, se quitó la camisa. Debajo apareció el torso un poco grasiento, un poco descuidado por la falta de ejercicio. Ni allí ni en la espalda aparecía el menor tatuaje.

—Nadie te ha pedido que hicieras eso, Bradley.

—Lo he hecho porque quiero saber hasta dónde estás dispuesto a llegar tú. Quiero que me digas también lo que hay en la última carta.

—Puede que tu cara —dijo Gun.

El otro palideció.

Luego sus facciones se volvieron bruscamente grises. Parecía haber perdido el resto de su paciencia.

Masculló:

—¿Y todo esto por qué? ¿Por qué? ¡Habla!

—No hace falta hablar mucho. Basta con un solo nombre, Bradley.

—¿Qué nombre?

—Marian.

Las facciones de Bradley se congestionaron.

Pareció comprender que ése era el mismo nombre que Gun había pronunciado ante Robles, antes de matarle. Y eso le hizo perder el control de sus nervios.

—¡Matadle! —rugió—. ¡Fuego!

La orden de «fuego» fue obedecida.

Pero no por los hombres que apuntaban a Gun. Fue obedecida antes por alguna otra persona que estaba muy cerca, detrás de unas rocas.

El rifle crepitó, y la bala voló la cabeza del pistolero que estaba

más cerca de Gun. Otro de los que iban a disparar también se contorsionó, al sonar inmediatamente la segunda detonación. Y aunque éste fue solo herido, el impacto fue tan grave que lo dejó por completo fuera de combate.

Los otros aún eran muchos. Aún eran nueve, contando a Bradley. Con sólo un poco más de serenidad, habrían dado vuelta a la situación en unos segundos.

Porque el rifle que disparaba contra ellos era uno solo.

Pero su primer instinto fue cobijarse, y por eso dejaron todos de prestar atención a Gun. El joven, que tenía el revólver muy cerca, lo volvió a sujetar con dos rapidísimos gestos.

Uno de los pistoleros iba a volverse para disparar.

No terminó su gesto. Antes de derrumbarse quedó por unos instantes como colgado en el aire, mientras de su pómulo derecho escapaba un surtidor de sangre.

Los otros se esparcieron en todas direcciones.

Instantes después se oía rápido galopar de caballos.

Los pistoleros de Bradley se largaban. Sus corceles habían estado ocultos unas trescientas yardas más allá, en un declive del terreno.

Gun miró hacia el lugar donde habían sonado los estampidos del rifle, aquel rifle que le salvó la vida.

Y vio surgir a Jezabel. Su «Winchester» aún humeaba.

—Sabía que vendrías, Jezabel. Mejor dicho, confiaba en ello.

—Pues ha sido simple casualidad. Te he visto salir de la ciudad y he sentido curiosidad por saber adónde ibas. Claro que al seguirte no pensaba de ningún modo que fuera a ocurrir esto.

La muchacha parecía muy alterada. Miró en todas direcciones, por si los pistoleros volvían.

—Era, Bradley, ¿verdad? —susurró.

—Sí, era él.

—¿Y por qué…?

—Tenía miedo de que yo acabase con él.

La muchacha apretó los labios.

—¿Qué razón había para que acabaras con él, Gun?

—Quizá ése te lo explique.

Y señaló hacia el hombre caído a poca distancia. Era el herido por la segunda bala de Jezabel. Se sujetaba con la izquierda el costado derecho, mientras gemía entrecortadamente.

Gun se acercó a él tras descolgar de la silla de su caballo una pequeña cantimplora con *whisky*.

Se la acercó a los labios, y el herido bebió ansiosamente. Luego se puso a toser. Gun hizo disimuladamente un gesto de preocupación, porque el otro estaba peor de lo que él creía.

—Anímate —dijo—. No te va a ocurrir nada si nos ayudas.

—¿Me… me llevaréis a la ciudad?

—Sí. Y haremos que te atienda un médico.

—Pero es que… no puedo moverme.

—Por eso debes descansar de momento. Cuando estés en condiciones de hacer el viaje, te colocaremos sobre la silla de un caballo.

Gun le lió con calma un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—Toma… Esto te sentará bien.

El herido fumó unos momentos. Ya no tosía. Luego incluso logró sonreír débilmente.

—La hija del *sheriff* está ahí… —musitó—. Ella querrá que le diga… algo.

—Por descontado que sí, muchacho. Comprenderás que hemos de hacerte unas preguntas.

—Adelante…

—¿Qué hay de esa banda de atracadores que siempre actúan fuera del condado?

Jezabel se estremeció.

Había hablado de esa banda con Gun, pero sólo incidentalmente. No creía que los tiros del joven fueran por aquel lado.

En cambio el pistolero no se sorprendió.

Parecía esperar que le preguntasen precisamente aquello.

—Tú sospechas que Bradley forma parte de esa banda, ¿verdad? —musitó.

—No sólo lo sospecho. Estoy seguro.

—Pues no vas desencaminado… Ahora ya no sirve de nada ocultarlo. Tú debes ser un federal…

Gun ni afirmó ni negó.

Con facciones impasibles, siguió esperando a que el otro hablara.

—Bien… —dijo el herido—. Claro que es una banda. Y te vas a sorprender cuando te diga el nombre de uno de los que formaban

parte de ella.

—No voy a sorprenderme en absoluto, muchacho.

—¿Lo sabes…?

—Tú ibas a hablarme de Robles.

—¿Por eso lo mataste?

—Sí.

—¿Y cómo sabías que…?

—Por una razón que ahora no puedo explicarte. Yo sabía que era él. Y estoy seguro de que otro miembro de la pandilla es Bradley.

—No te equivocas… Bajo su apariencia de personas honradas y poderosas… actúan como forajidos fuera del condado. Dan pocos golpes, pero buenos y seguros. Sus relaciones les proporcionan… informes muy valiosos. Empezaron siendo una pandilla de desesperados y de hijos de perra, pero ahora son… delincuentes de categoría… Casi de guante blanco. Cuando vuelven a este condado, después de actuar… se pierde su pista.

Gun dejaba hablar al otro.

Le dio un nuevo sorbo de *whisky* para que se animase.

—Sigue —susurró.

—Tenían la cosa… muy bien distribuida…, —susurró el herido —. Si robaban dinero, lo ocultaba Robles en su Banco, y de ese modo se perdía el rastro por completo. Si robaban ganado, lo encerraban en el rancho de Bradley, que ya se arreglaba para trucar las marcas. Así se movían con absoluta seguridad.

—Pero la banda no sólo estaba formada por ellos dos —musitó Gun—. Había alguien más.

—Lo sé… pero yo no los conocía. Sólo a ellos dos, que eran los que tenían más relación… Y había oído nombrar al jefe.

—¿No lo viste nunca?

—Sólo una vez, pero… fue como si no le hubiese visto. Era de noche y además iba vestido de negro. El sombrero le llegaba hasta los ojos… Sólo oí parte de la conversación, pero resultó reveladora para mí. Bradley trataba a aquel hombre con muchas consideraciones y le llamaba «jefe». El otro hablaba de su único negocio aquí. Decía que el saloon de Baxter no marchaba demasiado bien, y que por eso le tenía que apretar más las clavijas. Ése fue el detalle que me hizo comprender de quién se trataba.

Gun balbució:

—Stockton…

—Sí, Stockton. Además, por si fuera poco, Bradley pronunció su nombre. Fue una sola vez, pero yo lo vi perfectamente. Stockton es el jefe. A los otros miembros de la banda… no los conozco.

Gun miró fijamente al hombre.

Estaba convencido de que decía la verdad.

Y también estaba convencido de otra cosa.

Iba a morir.

La herida era profunda, y pese a los primeros cuidados recibidos, no tenía salvación.

Gun le volvió a poner entre los labios el gollete de la botella.

—Bebe, muchacho… bebe. Te sentará bien.

El otro tragó licor ansiosamente.

Y mientras bebía dobló trágicamente la cabeza, cayendo de costado. Gun le retiró poco a poco la cantimplora de la boca.

Jezabel parecía haber contenido la respiración.

Un silencio pesado, macizo, flotaba sobre los dos.

El silencio de la muerte.

CAPÍTULO VII

LA HISTORIA SECRETA DE GUN

Fue ella la que lo rompió.

Fue ella la que preguntó con una especie de ansia, como si de la respuesta de Gun dependieran muchas cosas:

—¿Eres un federal?

Gun adivinó el porqué de su pregunta.

Si era un federal, no era un forajido. Muchas cosas cambiaban. La muerte del banquero Robles quedaba justificada automáticamente.

Y el joven comprendió el porqué de la ansiedad de la muchacha. Había llegado a ser mucho para ella. Jezabel ansiaba que él contestara afirmativamente.

Pero Gun hizo tristemente un gesto negativo.

—No —susurró—, no soy un federal.

—¿Pues entonces qué eres?

—Un simple pistolero que recorre esta parte del Oeste.

—Pero tú has venido aquí por una razón.

—Justo… La más importante razón que puede mover a un pistolero. He de matar a cinco hombres.

Jezabel se estremeció.

—De los cuales ya has matado a uno…

—Sí, a Robles. Pero él sólo era el primero de la lista. Quedan otros cuatro.

—De los cuales el siguiente es Bradley…

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque a él le corresponde el león.
—No te entiendo, Gun… Por Dios, no te entiendo.
—Yo sí. Y eso basta.
Jezabel anduvo unos pasos.
Parecía abrumada, hundida bajo el peso de sus propios pensamientos.
Al fin se dejó caer sentada sobre una roca cercana.
—Gun —musitó—, todo esto debe tener una razón. Una razón tan importante que por ella te encuentras dispuesto a perder tu propia vida.
—Sí, la hay.
—¿Cuál es?
Gun no contestó.
Parecía como si aquella conversación le molestase, le hiriese.
Fue ella la que musitó tristemente:
—Una mujer, ¿verdad?
Gun hundió la cabeza.
—Sí —musitó.
—¿Bonita?
—Muy bonita.
—¿Cómo se llamaba?
—Marian.
Jezabel tragó saliva penosamente. Parecieron faltarle fuerzas para preguntar:
—¿Que ocurrió con ella?
—Iba a casarse, pero en secreto.
—¿Por qué?
—A su familia no le gustaba el novio. Tenía fama de violento, ¿sabes? Pero no era mal muchacho.
Jezabel estaba segura de que Gun se refería a él mismo.
—Sigue.
—Acordaron casarse en secreto en una ermita situada cerca de la frontera con Arizona. Un sacerdote que les conocía bien iba a unirles en matrimonio. Para que nadie tratara de impedir la ceremonia, debían disimular todos al máximo. Los novios acudirían allí por separado y usando rutas muy distintas. El que llegara antes esperaría al otro.
Jezabel hizo un gesto de asentimiento.

Comprendía aquello muy bien.

Pero le obsesionaba la idea de que Gun le estaba hablando de sí mismo y de su novia muerta.

—Sigue —musitó.

—Llegó primero el Sacerdote —dijo Gun—. Luego la novia… El novio se retrasó mucho. Debía haber llegado el primero de todos, pero tuvo la desgracia de que su caballo tropezara y se rompiera una pata.

Se apretó los puños e hizo que sus nudillos crujieran. Los recuerdos. Habían hecho cambiar hasta el color de su rostro. Todo aquello parecía obsesionarle.

—La cosa no hubiera tenido mayor importancia… —murmuró después de unos instantes—. Un retraso, ya se sabe… Hay muchos en las bodas. Pero por allí acertó a pasar una banda de cuatro hombres. Venían de cometer uno de sus atracos.

—¿Cuatro hombres? —murmuró Jezabel.

—Sí. El quinto, el jefe, venía detrás. No quería que los otros le viesen la cara. Entre ellos estaba acordado así, de modo que siempre actuaban conjuntamente, pero sin verse. Los cuatro individuos se detuvieron en la ermita a descansar. Pero allí vieron al sacerdote y a la muchacha. Marian era muy bonita… Estaba más bonita aún con su vestido de boda.

Hizo una pausa, como si le costara continuar. Había apretado los puños de tal modo que sus nudillos estaban blancos.

—Para aquellos cuatro hijos de zorra ninguna moral existía. Nada les estaba prohibido. Como el sacerdote trataba de defender a Marian, lo ahorcaron empleando la propia cuerda de la campana. Luego hicieron con la muchacha lo que quisieron. Cuando la dejaron, una hora más tarde, Marian hubiera deseado mil veces morir.

Gun dio un puñetazo al aire, como si quisiera golpear a un enemigo imaginario.

Sus ojos brillaban de odio.

—No terminó todo aquí… —murmuró luego—. Porque cuando aquellos individuos se habían ido, llegó el jefe. Y él no se apiadó de la muchacha. Por el contrario, hizo lo mismo que habían hecho los otros. Y luego la apuñaló, para que no pudiese delatarle, puesto que ella sí que le había visto bien la cara.

Gun hizo una nueva pausa.

Sus facciones se habían vuelto grises.

Paseaba de un lado a otro, como una fiera enjaulada, pese a que tenía a su disposición el paisaje inmenso y libre.

Jezabel, que había guardado un pesado silencio, se atrevió a preguntar:

—Si ella murió, ¿cómo pudo hablar de esos hombres?

—No murió, enseguida. Estaba bañada en su propia sangre cuando yo llegué, pero aún pudo hablar. Hizo una descripción de ellos. Yo me los grabé en la memoria. Me los grabé uno a uno.

—Tú eras el novio de Marian, ¿verdad?

Jezabel había hecho la pregunta decisiva. Aguardó con ansiedad la respuesta de Gun.

Y Gun susurró:

—No, no era su novio. Era su hermano. Era el único familiar a quien le parecía bien esa boda, pese a lo cual no le habían comunicado nada. Cuando noté la falta de Marian imaginé lo ocurrido y fui hacia la ermita. Pero ya era tarde. Marian estaba… acabada.

Produjo otro siniestro chasquido con los nudillos, mientras continuaba:

—Su novio trató de vengarla, naturalmente. Era un hábil pistolero. Pero anduvo a ciegas durante algún tiempo, sin lograr encontrar a la banda, hasta que una noche le tendieron una emboscada. Murió en un sucio saloon de la llanura, adonde algunos rancheros acudían a divertirse en secreto. Yo encontré su cadáver e hice una sola cosa: enterrarlo y grabar una inscripción en la lápida de su tumba: «Morirán cinco».

Los ojos de Jezabel se habían entrecerrado.

Le miraban como si no pudiera creer todo aquello, como si le pareciese demasiado cruel.

Al fin susurró:

—Y esos naipes significan… una característica de cada uno de aquellos tipos, ¿no es así?

—Exacto. Una característica esencial, por la cual se les puede reconocer.

Ella tembló.

—Gun…

—¿Qué?

—¿Qué hay en el último naipe?

—La cara del jefe. La cara de Stockton.

—Nadie lo ha visto…

—Yo tampoco, pero la muchacha me lo describió tan bien que he podido dibujar su cara.

—¿Y por qué lo tienes vuelto del revés?

—Porque de otro modo sería demasiado sencillo. Demasiada gente sabría quién es el hombre al que quiero matar. No… Ese naipe seguirá vuelto del revés hasta que yo acabe con Stockton.

—¿Sabías que se llamaba así?

—No. Sólo su cara, pero nada más. Ahora sé que se llama Stockton.

Y añadió:

—¿Has creído todo lo que te acabo de decir?

Ella no necesitó darle una respuesta.

Mejor dicho, sí que se la dio.

Pero sin palabras.

Gun se encontró con sus besos.

Y con el olvido.

Y con las palabras ansiosas de Jezabel, que borraban toda una vida de horror y le abrían una vida nueva.

CAPÍTULO VIII

EL LEÓN

Bradley estaba muy bien cobijado y protegido. Tenía un buen rancho, muchos rifles a su disposición, muchos pistoleros. Pero también tenía algo más: tenía miedo.

Y a pesar de que, mientras no se moviera de su rancho, estaba protegido, se le metió una idea en la cabeza, una idea que le obsesionaba y que no conseguía arrancarse.

La idea de que Gun pudiera ser un federal.

Eso cambiaba totalmente las cosas.

Gun había dicho perseguirle a causa de Marian, pero también podía perseguirle a causa de los muchos atracos que entre todos habían cometido. Y podía, por supuesto, poner precio a su cabeza.

Bradley comprendió que, ante esa perspectiva, necesitaba hacer una cosa: consultar con Stockton.

Claro que eso no era fácil.

Stockton les enviaba sus instrucciones por medio de cartas en clave. Él era quien reunía la información, quien preparaba los golpes, quien cubría las retiradas. Era el cerebro, pero no daba la cara. Sólo le habían visto de lejos. Apenas conocían otra cosa que sus ojos en la oscuridad.

Pero, claro está, tenían un sistema para comunicarse con él.

Ese sistema consistía en dejar el mensaje en el hueco del tronco de un viejo árbol situado en el camino a Villita. El mensaje siempre estaba en clave, naturalmente. El sistema que empleaba Stockton para recogerlo no lo supieron nunca. Pero siempre recibían la respuesta en el momento oportuno y del modo más inesperado, bien

fuera por carta en clave o bien por medio de un desconocido al que no volvían a ver. Incluso cierta vez que Bradley había pedido un plano, lo encontró dibujado al fuego sobre el pelo de una res.

Ahora, pues, hizo lo mismo que otras veces.

Escribió un mensaje muy breve, explicando sus sospechas y pidiendo instrucciones urgentes.

Lo depositó en el viejo tronco. Lo hizo él mismo, porque no podía confiar en nadie para misión tan delicada. Luego regresó a su rancho dando un rodeo.

Era de noche.

Confiaba en que nadie llegaría a verle.

Pasó por la pequeña población de Las Cruces, que era como un lejano suburbio de Villita. Consistía en cuatro calles que se cruzaban, medio ahogadas por la llanura polvorienta. Pero allí había diversiones, chicas y «ambiente». Bastantes personas que no se atrevían a divertirse en Villita, se divertían en Las Cruces.

Bradley no se detuvo.

Pasó de largo.

Las Cruces le parecía una ciudad peligrosa, como le parecía peligroso cualquier lugar que no fuera su rancho.

Pero antes de que saliera de la ciudad, alguien le detuvo.

Era un individuo al que no había visto nunca. Usaba sombrero ancho y un poncho como los mexicanos, pero no era mexicano. Fue eso lo que obligó a Bradley a detenerse. Stockton siempre había elegido para comunicarse a tipos raros como aquél. Era posible que ya le trajera una respuesta, aunque le parecía increíble que pudiera hacerlo tan pronto.

El individuo se había cruzado en el camino.

Dijo en voz alta:

—¡Señor…!

Bradley se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Tengo un recado para usted.

—¿De quién?

—De una persona a quien usted ha dejado un mensaje.

Bradley abrió la boca, asombrado.

—¿Tan pronto?…

—Esa persona obra con rapidez. No le he visto la cara… Sólo me

ha dado diez dólares y la descripción de usted para que le detuviera. Dice que dentro de diez minutos le busque usted en esa casa.

Señalaba un viejo edificio, a la salida ya de la ciudad. Era un almacén ruinoso y con las paredes hechas trizas. Parecía como si sus únicos habitantes fueran los fantasmas.

—¿Me esperará él ahí?

—Desde luego. Eso es lo que me ha dicho.

Y el individuo desapareció. Bradley se pasó una mano por la boca.

No cabía duda de que Stockton estaba al tanto de todo lo que hacía él. Quizá incluso le había estado siguiendo.

El ganadero consultó su reloj de oro.

Diez minutos…

Eso debía ser lo que necesitaba Stockton para reflexionar sobre el asunto. Y él no faltaría a la cita.

Resolvió, mientras tanto, beber algo. No faltaban lugares para elegir en Las Cruces, donde abundaban los saloons, muchos de ellos de mala muerte. Bradley entró en el que tenía más cerca.

Bradley era bien conocido allí. Pidió una botella y bebió a trago limpio, metiéndose el gollete en la boca. Necesitaba animarse. Nunca como entonces le habían temblado tanto las piernas.

Y de pronto vio aquella sombra.

Una sombra espesa, más cercana que las otras.

Bradley notó que le estaban dejando solo en la barra. Nadie quería interponerse entre aquella sombra y él, en el camino que recorrerían las balas. Y eso era una señal evidente de que todos conocían al recién venido y sabían de lo que era capaz.

Los ojos de Bradley estaban nublados.

Pero veía perfectamente.

Veía a Gun apenas a tres pasos de él.

—Parece que no te alegra mi visita, ganadero —dijo Gun lentamente—. Ahora que no tienes a tus granujas para que te defiendan las cosas son distintas, ¿no?

Bradley balbució:

—No te atreverás a… a…

—¿Ibas a decir que no me atreveré a desafiarte? No, quizá no me atreva, Bradley. No me atreveré a desafiarte, pero a matarte sí.

Puedes intentar defender tu sucia piel. Puedes tratar de buscar tu revólver, si aún sabes dónde tienes la mano derecha.

Bradley comprendió que había llegado el momento decisivo.

Comprendió que tenía que matar o morir.

Sí que se acordaba de dónde tenía la mano derecha. Y la movió con rapidez, con mucha más rapidez incluso de la que esperaba Gun. El «Colt» saltó a sus dedos, pero no llegó a brotar de él el clásico fogonazo amarillo.

Gun había disparado unas décimas de segundo antes.

La bala atravesó el cuerpo de Bradley, un poco por encima del corazón, haciéndole bambolearse.

Gun comprendió que su enemigo no estaba muerto, y sintió la casi irresistible tentación de disparar otra vez. Pero le repugnó rematar a un herido, aunque éste fuera tan miserable como Bradley. Por eso le dejó moverse. Le dejó llegar hasta la puerta, marcando el camino con un espeso rastro de sangre.

Otra sombra destacó de entre el humo casi asfixiante.

Era una figura de mujer con ceñidas ropas de hombre. Jezabel miró asombrada a Gun, que dejaba marchar al herido.

—Va a escapar… —balbució.

—No, no va escapar. Está herido mortalmente. Y gracias por haberme acompañado en esta maldita aventura, Jezabel. Te juro que no hago más que repartir justicia.

Mientras tanto, Bradley había conseguido alcanzar la calle.

Sus ojos miraron obsesionados al edificio ruinoso que le señalaran antes, aquella vieja casa donde sólo parecían habitar los fantasmas.

Los espasmos de la muerte ya le dominaban, pero aún pensaba que podría salvarse si Stockton le ayudaba. En Stockton, que durante tanto tiempo les había dirigido con éxito, radicaban sus últimas esperanzas.

Cruzó la calle.

El rastro de sangre que iba dejando era cada vez más espeso.

Con sus escasas fuerzas empujó la puerta chirriante de aquel edificio. La oscuridad imperaba en el interior, pero era una oscuridad relativa, porque algunos rayos de luna penetraban por los huecos del techo. En el centro de una de esas zonas de claridad lechosa, casi siniestra, estaba un hombre puesto en pie.

Su sombrero, también negro, le llegaba hasta los ojos. No se distinguía nada de su rostro. Pero era Stockton, el misterioso Stockton, tal como Bradley le había conocido siempre.

Una voz chirriante murmuró:

—Veo que te han herido, idiota…

—Sal… sálvame…

—De acuerdo, haré lo que pueda por ti. Acércate más.

Bradley se acercó.

Llegó a ver el cuchillo que se acercaba a él, pero ya no pudo hacer nada por esquivarlo. Sus fuerzas, sus reflejos fallaban por completo. La hoja se clavó hasta el fondo de su corazón y allí se retorció cruelmente.

Se daba cuenta de lo que Stockton había querido: que no le atraparan con vida para que no pudiera hablar.

Sus labios destilaron odio al barbotar:

—Tra… i… dor…

Alzó las manos e hizo caer el sombrero al suelo. Y entonces vio aquella cara. Entonces, a la luz espectral de la luna, vio la auténtica, la verdadera cara de Stockton.

—No… —gimió—. ¡Noooo…!

El cuchillo se movió cruelmente otra vez, segándole la garganta.

Luego, cuando Bradley hubo caído para siempre, el misterioso personaje recogió su sombrero, se lo encasquetó de nuevo hasta las orejas y huyó con toda rapidez, empleando la puerta trasera del almacén abandonado.

Unos instantes más tarde, entraron en el lugar Gun y Jezabel.

A la luz de la luna, vieron a Bradley sin vida, bañado en un charco de sangre. Gun se dio cuenta enseguida de que alguien lo había acuchillado.

Jezabel se llevó las manos a la boca mientras balbucía:

—Lo han… ¡lo han asesinado aquí!

—Sí, pero ya será inútil buscar al que lo ha hecho. Entre estas sombras lo más fácil es que nos tendiera una emboscada.

Y se inclinó sobre Bradley. Ya nada se podía hacer por él. No podría tampoco hablar, decir lo que sabía.

—Pero este hombre… —murmuró Jezabel—, ¿qué tiene que ver con un león?

Con su cuchillo, Gun rasgó toda una pernera del pantalón del

muerto.

Y en la pierna vieron una enorme cicatriz. Una cicatriz causada tiempos atrás por unas uñas gigantescas.

—He aquí la huella del león —susurró Gun—. No era un tatuaje, sino una herida. ¿Tú te habías dado cuenta de que Bradley cojeaba?

—Sí. Me había dado cuenta. Pero nunca imaginé que…

—Tuvo que ser un león escapado de un circo —musitó él—. Eso nunca lo sabremos con seguridad, porque él ya no podrá explicarlo, pero ahora sé que Marian no me mintió. La señal del león está ahí, ante nuestros ojos.

Y guardó el cuchillo, mientras murmuraba con los ojos entrecerrados:

—Ahora quedan tres: el del escorpión… El que tiene relación con las hermosas piernas de una chica… Y el otro, el que tiene la cara dibujada en el naipe. Tres muertos a los que sólo falta el ataúd. Tres muertos a los que pronto adornaré con plomo.

Y salió lentamente del almacén, mientras Jezabel le seguía como si estuviera hipnotizada.

Capítulo IX

UNAS PIERNAS DE MUJER

El cartel lo indicaba bien claramente en la puerta del Eldorado, el saloon de más categoría de Las Cruces.

LAS MEJORES CHICAS DE NUEVO MÉXICO
LAS MEJORES PIERNAS
Si quiere usted emocionarse con
un trepidante
can-can
¡ENTRE, NO LO DUDE!

Para que al cartel no le faltara su punto de picardía, tenía dibujadas debajo del texto una serie de piernas femeninas medio alzadas. Eran unas piernas muy hermosas, ceñidas por las medias negras típicas de las bailarinas de
can-can.
Luego, en la realidad, quizá aquellas piernas no fueran tan suculentas como las que estaban dibujadas fuera. Pero para un rudo vaquero que llegaba allí desde los más pedregosos rincones de Nuevo México, la tentación era casi irresistible.

Por eso el local estaba lleno.

Y el público siempre pedía lo mismo.

Las bailarinas ya estaban exhaustas de interpretar el
can-can
una y otra vez. Muchas ya casi no podían alzar las piernas. Era un

baile realmente acrobático, que las dejaba reventadas al avanzar la noche.

Cooper, el empresario, las miraba danzar desde un lado del escenario, oculto entre bastidores.

No se fijaba en los detalles.

A él le importaba poco que bailaran bien o mal.

Lo que le interesaba era que los clientes bebieran sin descanso y se encandilaran luego con las chicas, que tenían que dar a Cooper una parte de sus ganancias.

Por ahora no podía quejarse.

Los «negocios» prosperaban.

Encendió un largo cigarro habano y fumó con deleite.

Fue entonces cuando uno de sus guardaespaldas se acercó a él. Tenía la cara que tendría un hombre después de haber leído la esquela de su propio entierro.

Cooper se volvió.

—¿Qué hay, Jim? Apetitosas las chicas, ¿eh?

—No se fije en las chicas, jefe. Hay malas noticias.

—¿De qué clase?

—Han matado a Bradley.

Cooper tuvo un espasmo. El cigarro cayó de su boca al suelo.

—Cu… cuernos. ¿Igual que a Robles?

—No. El procedimiento ha sido otro, pero eso poco importa. El caso es que lo han matado.

—¿Gun?…

—Sí.

—¿Cómo se ha atrevido a venir aquí?

—Eso pregúnteselo a él.

—Te lo estoy preguntando a ti, Jim.

—¿Y yo qué sé? El caso es que se ha atrevido. Maldito buitre… Le ha descerrajado una bala delante de todo el mundo, en el saloon. Y la hija del *sheriff* parece apoyarle. Le acompaña…

Cooper se estremeció de nuevo.

Estaba tan asustado que ya no se daba cuenta de que el público chillaba de entusiasmo, en lo mejor del espectáculo. Ya no oía ni la música.

—¿Dónde está Gun? —balbució.

—No lo sé. Se ha ido.

Cooper tragó saliva penosamente.

—¿Tú crees que…?

—¿Qué he de creer, jefe?

—¿Por qué había de perseguirme a mí?

Jim, su guardaespaldas, le miró preocupado.

—Todo el mundo lo sabe, jefe.

—¿Saber? ¿Qué?

—La especie de cuadro que ese fulano ha colgado en su habitación. Son cinco naipes pintados. Uno representaba una serpiente, y Robles siempre llevaba encima un billetero hecho de ese material. Otro representaba un león, y usted sabe que Bradley fue herido hace años por una fiera de esa clase que se había escapado de un circo. Hay otros tres naipes, pero uno de ellos está cubierto. De los otros dos… Bueno… el que ahora viene representa las piernas de una mujer. Unas piernas envueltas en finas medias, como… como ésas.

Y señaló con la mirada a las chicas, que en aquel momento iniciaban su última y atrevida pirueta.

Cooper notó que se le secaba espantosamente la boca.

—¿Tú crees que… eso se refiere a mí? —balbució.

—Estoy seguro de que si, jefe.

—¿Y por qué has de pensarlo?

—Porque no soy tonto, señor Cooper. Ignoro muchas cosas de usted, pero en cambio sé otras. Sé por ejemplo que usted era amigo de Robles y de Bradley. Que salía con ellos de viaje. Y que parecían tener negocios juntos, aunque nunca hablaban de ellos.

Cooper dejó de mirar a su subordinado.

El otro insistió:

—¿Qué clase de negocios, señor Cooper?

—Eso no te importa.

—Claro que no me importa, señor Cooper. Pero a ese maldito buitre de Gun quizá sí. Y usted querrá que le proteja.

—Claro que sí, Jim. Te necesito como necesitaré a todos mis hombres.

—Ya que me necesita, yo también impongo mis condiciones, señor Cooper.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que los negocios que se traía con Robles y con

Bradley eran de calibre. Dos tipos como ésos no se metían en líos sólo por unas monedas. Por lo tanto quiero que me ponga al corriente de todo eso, señor Cooper. Y que me de una participación.

Los labios de Cooper temblaron un momento.

Pero disimuló muy bien lo que sentía cuando dijo:

—Y si no accedo, ¿qué harás? ¿Irte?

—Puede que me vaya. Y puede que ayude a Gun a encontrar su pista, señor Cooper.

Los labios del empresario temblaron otra vez. Pero al fin, tras unos instantes de reflexión, se encogió de hombros.

—Veo que no tengo más remedio que tratar contigo, Jim. Vamos a mi despacho.

Los dos hombres se dirigieron al despacho de Cooper, pero en el momento de entrar Jim introdujo hábilmente la mano bajo la americana de su jefe y extrajo el «Colt» que éste siempre llevaba en una funda sobaquera.

—No quiero sorpresas —dijo—. Si hemos de discutir, que sea amigablemente.

—Te has vuelto muy desconfiado, Jim.

—Tanto como usted, que nunca habló de sus negocios a nadie.

El despacho era enorme, lleno de ángulos oscuros y de zonas a las que no llegaba la luz lunar de la ventana. Pero los dos hombres podían guiarse hasta la mesa, porque la veían con cierta claridad.

Cooper murmuró:

—Encenderé la lámpara.

—De acuerdo; hágalo.

Pasó junto a un quinqué pequeño y se dirigió hacia otro quinqué mucho mayor que estaba sobre su mesa.

—¿Por qué no enciende ese que tiene más cerca?

—Porque da poca luz —dijo Cooper—. Y quiero que tú y yo nos veamos bien las caras.

Rascó un fósforo.

Una luz clara se hizo en la habitación. En efecto, la lámpara grande alumbraba muy bien.

Cooper la puso ante sus ojos, entre Jim y él, sosteniéndola por debajo, por el pesado y enorme pie.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo—. Yo la tengo en gran estima.

Jim dijo aburridamente:

—Sí…

¿Qué le importaba a él una lámpara?

Pero de pronto dejó de importarle también todo lo demás.

Aquel aburrido «sí» había sido su última palabra.

Nunca llegó a saber que debajo de la lámpara, sujeto al pesado pie de plata, había un revólver «Derringer» de pequeño tamaño, pero eficacísimo para matar a poca distancia. Y nunca llegó a saber que una bala de aquel «Derringer» le había perforado en línea recta la cabeza.

Cooper dio un puntapié al cadáver y se convenció de que ya no tenía que preocuparse más por él. Luego depositó la lámpara sobre la mesa.

La zona de luz cambió entonces.

Y le permitió ver una butaca que había a su derecha. Y las piernas de un hombre que descansaba allí. Y una mano enguantada. Y el «Colt» que brillaba en ella.

Cooper tembló.

Aún tenía el «Derringer» en la derecha y aún podía haber disparado, pero no se atrevió a hacerlo.

Pensó que el otro podía ser más rápido.

El intruso se acercó. Era un hombre joven, delgado y fuerte, al que Cooper no recordaba haber visto nunca.

Pero se hubiera apostado la piel a que conocía su nombre.

Sólo podía ser Gun.

Gun, pues en efecto era él, avanzó tranquilamente, hasta situarse a unos tres pasos de Cooper.

La mandíbula de Cooper se puso a temblar.

—Usted tiene que ser Gun —susurró.

—En efecto. Para servirle.

—No me conoce. No nos habíamos visto hasta ahora. ¿Por qué…? ¿Por qué me persigue?

—Por la misma razón que a Robles y a Bradley.

—Si se refiere a que hemos robado… algún dinero… se puede llegar a un arreglo.

—No, no me refiero al dinero.

—¿Pues a qué…?

—Ante los otros dos pronuncié un solo nombre, y ellos me entendieron enseguida. Usted también me entenderá, Cooper. Ese

nombre es «Marian».

—No sé de qué me habla. ¿Quién es Marian?

—La muchacha a la que cinco buitres ultrajaron en una ermita.

—Sigo sin saber de qué me habla. Usted no me había visto nunca. ¿Cómo sabe que yo estuve allí?

—Marian, antes de morir, pudo hablar un poco de los hombres que habían hecho aquello. No sólo los describió. También me dio detalles acerca de sus actividades. No olvide que estuvieron mucho rato con ella, desgraciadamente.

Cooper se pasó la mano izquierda por la boca.

Sudaba copiosamente.

—Podemos llegar a un arreglo… —balbució—. Yo le daré dinero… Al fin y al cabo no va a sacar nada… recordando a aquella chica.

—Me gustan los recuerdos —dijo lentamente Gun.

Y alzó el revólver un poco.

Cooper adivinó el instante preciso en que su enemigo iba a disparar.

Trató desesperadamente de defenderse y de mover el revólver a su vez.

Pero ya no llegó a tiempo.

La bala del «Colt» le atravesó la frente, como poco antes él había atravesado la frente de Jim.

Gun sopló en el cañón del «Colt» y lo guardó.

Luego se deslizó hasta la calle por la ventana.

Aquel camino era el que había empleado para entrar, sin que nadie le viera. Y nadie le vio ahora tampoco.

En el cruce de las calles se encontró con Jezabel, que ya le esperaba montada a caballo.

Y los dos volvieron a Villita silenciosamente.

CAPÍTULO X

LA MUERTE ESPERA EN VILLITA

Mientras trotaban en la penumbra, sólo iluminados por la luz de la luna, Jezabel murmuró:

—Gun, no puedes seguir así.

—Al contrario, es ahora cuando he de seguir. Ya he emprendido la marcha, y no puedo detenerme hasta el final como sea.

—Lo que haces es contrario a la ley.

—Al contrario, lo que hago es limpiar el condado de forajidos. Ahora sabes perfectamente quiénes son los perros que se refugian aquí después de cometer sus delitos. No hago más que aplicarles la pena que de todos modos les aplicaría un tribunal.

—Eso quizá sea cierto, Gun, pero…

—¿Pero qué?

—No sé en realidad quiénes son los dos que faltan. Y me interesaría saberlo.

—¿Por qué razón?

—Imagina que te equivocas.

—Y si supieras sus nombres, ¿tú podrías orientarme?

—Tal vez sí.

—Nadie puede orientarme en esto, muchacha.

—Pero ¿qué significan esos escorpiones?

—Sólo yo lo sé —insistió Gun.

—Y en el último naipe, en el que está vuelto del revés, dices que hay dibujada una cara. ¿No me engañas?

—No te engaño. Te juro que hay una cara.

—¿Y de quién es?

—Eso es asunto mío.

—Si me dijeras quién está dibujado ahí, tal vez yo podría orientarte.

—No hace falta, Jezabel. Y no hablemos más de ello. Ya llegamos a Villita.

En efecto, entraban en la ciudad.

Mientras avanzaban por la calle Principal, Fuster vino a su encuentro.

Fuster era miembro del consejo municipal de la ciudad. Tenía una de las mejores casas de Villita, pero vivía solo en ella.

—Jezabel —murmuró—, quiero hablar con usted.

—Hola, señor Fuster. ¿Qué ocurre?

—Han intentado robarme.

—¿Quiere decir que alguien ha entrado en su casa?

—No, pero han tratado de entrar. Una de las cerraduras está forzada. Sé que corro peligro.

—No debe alarmarse, señor Fuster. Ladrones los hay en todas partes. Y éste no debe ser muy listo, puesto que no ha sabido ni forzar una cerradura.

—Pero después de lo que está ocurriendo en la ciudad, yo… yo no me fío.

—En seguida examinaré esa cerradura, señor Fuster.

—No, usted no.

—¿Por qué?

—Perdone, pero las mujeres no sirven para esas cosas. No se ofenda, pero no me fío de que una de ellas lleve estrella de *sheriff* Quiero que lo haga su padre.

—Mi padre está enfermo, señor Fuster.

—¿Y no puede venir a mi casa?

Gun produjo un chasquido con los dedos.

—Yo soy experto en cerraduras, señor Fuster —dijo, cuando el otro alzó la mirada hacia él—. Si quiere, puedo examinar ésa.

—Muy bien. Con usted ya es otra cosa.

Gun fue a bajar del caballo, pero en ese momento la muerte llegó hacia él.

Llegó en forma de aullido largo, ululante. Si su enemigo no hubiera disparado desde tan lejos, aquel aullido de la bala no se hubiera producido y Gun no hubiese tenido tiempo de moverse.

Pero así, aunque sólo por décimas de segundo, consiguió lanzarse a tierra. La bala casi le arrancó cabellos de la cabeza y luego se empotró en el polvo.

Fuster también se había lanzado a tierra, protegiéndose en el porche del mejor modo posible.

—Cuerno… —gritó—. ¡Cuerno…!

El misterioso enemigo disparó otra vez.

Estaba en uno de los tejados del otro lado de la calle, según calculó Gun, y al menos a trescientas yardas. Sin duda pensó disparar sobre él cuando Gun estuviera más cerca, pero al verle parado había querido aprovechar la oportunidad.

La segunda bala también falló.

Entre la gran distancia y la gran movilidad de Gun, las posibilidades del tirador eran nulas.

Gun no respondió al fuego.

Sólo dijo a Jezabel:

—¡Por favor, no te muevas de aquí! ¡Aquí estás segura!

Y empezó a deslizarse a lo largo del porche, con el revólver en la mano.

No sabía quién era su enemigo.

Podía ser cualquiera de los dos hombres a los que aún pensaba matar, y que habían decidido adelantarse a los acontecimientos.

Pero alguien le informó.

Fue Baxter.

Baxter, el arrendatario del saloon, estaba medio agazapado en el porche, en compañía de otros hombres que se habían tumbado al oír los disparos.

Masculló:

—¡Eh, Gun!

—¿Qué pasa, señor Baxter?

—Yo sé quién le está disparando.

—¿Quién?

—Tiene que ser Faber a la fuerza.

—¿El guardaespaldas de Stockton?

—Justo. Le he visto pasar hace poco con su rifle, mejor, un cacharro al que llaman «Catalina». Y que me aspen si no conozco el sonido de ese rifle. Es el que acaba de disparar.

Gun se mordió el labio inferior un momento.

—¿Quiere decir que eso se lo ha ordenado Stockton?

—O quizá no se lo ha ordenado nadie. Quizá actúa por iniciativa propia. Pero si sabe que usted busca a Stockton, es lógico que quiera matarle. Al fin y al cabo, Faber es su guardaespaldas.

Gun asintió lentamente.

—Me parece un razonamiento muy normal. Voy a por ese tipo.

—Tenga cuidado, Gun.

—Lo tendré.

—¿Y ha visto dónde está?

—Sí, en ese tejado.

Y como queriendo confirmar aquellas palabras, el rifle crepitó dos veces más.

Estaba exactamente en el lugar indicado por Gun.

Éste avanzó en zigzag.

Las balas del rifle le persiguieron, pero Faber no debía ser con el «Winchester» tan buen tirador como con el «Colt», porque los plomos salieron algo desviados. Mientras corría, Gun trató de buscar con la mirada un buen sitio para trepar hasta aquel tejado.

Lo encontró.

Había un sitio casi ideal. Una viga inclinada que llevaba a un tejadillo desde el que se podía saltar fácilmente al tejado principal.

Además Faber no parecía disparar hacia aquel lado.

Gun no perdió tiempo en reflexionar. Tenía que actuar rápidamente, antes de que el otro se diera cuenta de su fallo. Trepó por la viga y saltó al tejadillo.

Y entonces supo que tenía la muerte a su espalda. Entonces supo que aquello era el fin.

CAPÍTULO XI

TRAMPA MORTAL

El «trac» seco de la palanca del rifle a su espalda le hizo comprender que el enemigo estaba a su espalda, aguardando. El «fallo» de Faber no era tal fallo. Le había dado facilidades para subir por allí, a fin de que pasara por delante del rifle de otro hombre dispuesto a cazarle. No eran uno, sino dos.

Gun ya no podía evitar el disparo.

Sólo consiguió volverse, dispuesto al menos a morir matando. Y el proyectil del rifle, que iba directo a su espalda, encontró en su camino el revólver de Gun, a causa del movimiento de éste.

Gun no había sido alcanzado, pero en cambio no tenía armas. Lanzando un grito se abalanzó hacia la calle.

Dos balas más le siguieron, pero el rifle se reveló un arma ineficaz a tan corta distancia. Los plomos sólo picotearon el suelo junto a él. Gun se encontró hundido en el fondo del callejón, junto a la viga que le había servido para trepar.

Saltó tras ella, para al menos evitar que los próximos balazos le alcanzaran de una forma demasiado directa. Uno de ellos arrancó astillas a la madera. Su enemigo se había asomado para liquidarle a placer.

En ese momento algo voló al encuentro de Gun.

Era un revólver.

Vio fugazmente la figura de Jezabel que se lo lanzaba por los aires, desde la entrada del callejón, ocultándose enseguida porque de lo contrario también habría balas para ella.

El hombre del rifle, el que estaba materialmente encima de Gun,

tuvo la desgracia de no ver que ahora la situación había cambiado porque el joven disponía de un arma.

Se echó el rifle a la cara y fue a disparar de nuevo.

Hizo con aquello su último gesto, pero él no lo sabía.

La bala rozó la culata y le penetró por entre las cejas, pero el esbirro no lo advirtió. Tampoco se dio cuenta de que moría. Cayó pesadamente al suelo, levantando una nube de polvo junto a Gun.

Éste tampoco perdió un segundo.

Era muy posible que Faber no se hubiera dado cuenta del cambio de la situación.

De modo que trepó nuevamente por la viga, con agilidad de ardilla, y se encaramó al tejado.

Faber venía justamente hacia allí.

Debía estar extrañado de que su compañero no hubiese matado ya a Gun, y quería participar también en la «fiesta». Lanzó un salvaje grito al ver que era Gun el que aparecía ante sus ojos.

Los dos dispararon a la vez, o al menos eso quisieron hacer.

En realidad hubo dos segundos de diferencia entre un disparo y otro. Faber había sido alcanzado cuando apretó el gatillo. Dio un traspiés, resbaló y, lanzando un grito, cayó del tejado abajo.

Gun fue tras él. No quería rematarle, sino información.

Y para eso necesitaba aprovechar los segundos que le quedaban de vida a Faber, si éste no había muerto aún.

Faber se removía entre el polvo de la calle, sin haber muerto aún. Su revólver yacía a bastante distancia.

—Tú mismo te has buscado este lío, muchacho.

El otro le miró burlonamente, pero ya con los ojos vidriosos.

—Lo… lo sé.

—Lo has hecho por Stockton, pero Stockton no te lo agradecerá. No es más que un maldito perro.

—Puede… que tengas razón.

—Dime quién es. Tú eres el único que le ha visto en la ciudad. Dime exactamente quién es.

—Creí que… lo sabías. Creí que en el último naipe… estaba su cara.

—Sí, pero no sé dónde encontrarle.

Los ojos de Faber le dirigieron una mirada burlona.

Parecía estar divirtiéndose mucho en el momento de morir.

Le dio una leve palmada en la espalda, con sus escasísimas fuerzas, y susurró:

—Eres un buen jugador, muchacho… Magnífico póquer el tuyo… Lo he entendido muy bien… De verdad eres un gran jugador…

Y su mano cayó blandamente al suelo.

Acababa de morir.

Gun le cerró lentamente los ojos, mientras miraba en torno suyo con expresión de desánimo.

Jezabel se había acercado a él.

Desde ambos extremos de la calle, rostros expectantes les miraban.

La muerte de Faber había impresionado a todo el mundo. El pistolero fue tan temido en vida que nadie se atrevía a acercarse a su cadáver. Gun miró a la muchacha.

—Era una trampa… —farfulló ésta.

—Sí. Y bien montada.

—¿Ha podido hablar antes de morir?

—Sólo me ha dicho que tengo una buena jugada de póquer.

—¿Se refería a tus naipes?

—Claro que sí. Pero me falta la jugada más importante.

Jezabel susurró:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Creo que el señor Fuster me necesita, ¿no?

—Déjalo para otro rato. Eso no tiene importancia.

—Prometí que yo mismo vería esa cerradura. Y me gusta hacer lo que prometo.

Anduvo unos pasos y cojeó.

Jezabel le miraba con sorpresa.

—¿Te han herido?

—No. Sólo que estas botas me hacen daño.

—Antes no lo parecía.

—Quizá he hecho un mal gesto… Diantre, no puedo andar. Claro que eso tiene fácil remedio.

Miró a su izquierda, donde había una tiendecilla aún abierta. Era una zapatería.

Gun entró allí, siempre cojeando, y dijo al dueño:

—¿Tiene unas botas de caña bien alta?

—Claro que las tengo. ¿Por qué quiere cambiar? Las que usted usa son de caña muy baja.

—Precisamente por eso. Me hacen daño.

El dueño de la tienda miró en un estante y al fin sacó unas botas de montar como las que usaban los oficiales de caballería.

—¿Qué le parecen éstas?

—Formidables.

—Pero usted no lleva pantalones a propósito.

—Es igual. Me los pasaré por encima de las botas.

—Como quiera.

Gun se las probó y notó que le sentaban bien. Luego se pasó los pantalones por encima y las cubrió. Nadie hubiera notado que llevaba botas de montar.

—La verdad es que no entiendo. Si las otras botas te hacían daño, éstas no contribuirán precisamente a curarte.

—Me sujetan la pierna. Ya me siento mejor.

En ese momento se les acercó el señor Fuster, y dijo:

—No sé cómo lo ha hecho, Gun. Creí que estaba perdido.

—Ha sido cuestión de suerte.

—Y de puntería, diablos. Y de puntería…

—En fin, el caso es que ya ha pasado lo peor. ¿Quiere que nos ocupemos de su asunto, señor Fuster?

—No hace falta que se moleste.

—No es molestia, no se preocupe.

Y avanzaron hacia la casa que el hombre les indicaba. Era una casa magnífica. No faltaba en ella ningún detalle de confort ni de riqueza.

Jezabel la elogió.

—Tiene usted la mejor casa de la ciudad, señor Fuster.

—Y sólo al cerrar la puerta ya se advierte una gran sensación de paz —elogió también Gun.

—No es por casualidad —susurró la muchacha—. El señor Fuster tiene dobles paredes en su casa, con una cámara de aire entre ambas, para que no pase la humedad ni se filtren los ruidos.

Gun hizo un gesto afirmativo.

No podía negarse que, en aquella época, tanto confort resultaba admirable.

—No me extraña que los ladrones quieran entrar —dijo—. Debe

ser usted bastante rico, señor Fuster.

—No puedo quejarme. Pero tampoco hay para tanto.

—¿Cuál es la cerradura que han intentado forzar?

—Ésta.

Le señaló una puerta trasera cuya cerradura, en efecto, se veía algo desencajada. Sin duda habían estado maniobrando desde fuera. Gun se puso en cuclillas para examinarla bien.

Jezabel estaba a unos tres pasos, examinando unos cuadros colgados de la pared.

Gun se mostraba confiado, tranquilo.

Y fue en ese momento cuando ocurrió. Fue entonces cuando el suelo se abrió bajo sus pies.

Había sido colocado en el centro de una trampa que acababa de abrirse de repente. Una trampa parecida a la que se abre bajo los pies de los ahorcados, y que él no había podido ver.

Inmediatamente, y movida por el mismo resorte, se cerró sobre su cabeza.

Jezabel lanzó un grito, pero eso ya servía de bien poco.

Ni siquiera podían oírla desde fuera.

Mientras tanto la oscuridad más completa, más espesa, más angustiosa, se había hecho en torno a Gun.

Estaba en una especie de pozo cuadrado, no muy profundo, de paredes de piedra.

Y a pesar de la oscuridad percibió el contacto de aquellos seres. Notó de qué clase eran los bichos inmundos que le rodeaban.

¡Escorpiones! ¡El suelo estaba lleno de ellos! ¡Le rodeaban por todas partes!

CAPÍTULO XII

MUERE, DULCE MUCHACHA

Fuster emitió una risita sorda.

Había sacado un revólver, y con él apuntaba a la asombrada Jezabel, La boca del cañón enfilaba directamente al centro de los ojos.

Jezabel no llevaba revólver. Se lo había dado antes a Gun.

Y, aun en caso de llevarlo, de poco le hubiera servido. Porque estaba tan asombrada, tan aterrorizada que apenas podía mover los músculos.

Fuster volvió a reír quedamente.

—¿Asustada? —musitó.

—Es usted un… un…

—Muñeca, si te refieres a la trampa que antes han tendido a tu amiguito, yo no he tenido arte ni parte en ella. Yo actúo según mis propios métodos… que puedes ver cuáles son. Ahí abajo hay una docena de escorpiones. Es una vieja treta que muchas veces me ha dado resultado ya. Tu amiguito no vivirá ni un cuarto de hora.

Jezabel, con los ojos llameantes, balbució:

—Entonces usted, perro, es uno de los que…

—Sí, uno de los que se han hecho ricos «trabajando» fuera de este condado. Lástima que no conozca al jefe, ¿sabe? Pero es igual. También fui uno de los que se divirtieron con aquella chica. ¿Qué quieres que te diga? Yo no escupo sobre un montón de billetes ni sobre unas bonitas curvas.

Y añadió ominosamente:

—Claro que no era tan bonita como tú…

Jezabel comprendió con horror, lo que aquel buitre quería de ella.

Comprendió también que sus gritos no serían oídos al otro lado de las paredes de la casa.

¡Y que Gun ya no podía ayudarla!

Notó los ojos de Fuster paseando sobre su cuerpo, como reptiles viscosos. Lanzó un gemido y trató de huir.

Pero Fuster ya contaba con eso.

Movió ágilmente el brazo derecho y aplastó la culata en la nuca de Jezabel. La muchacha cayó pesadamente a tierra.

Aunque aún gemía sordamente, había perdido en gran parte el sentido. No era capaz de evitar lo que iba a ocurrir con ella.

Fuster la arrastró por los pies.

Su cara era como una máscara diabólica. Sus manos sarmentosas ya temblaban de anticipado placer.

La arrastró hasta su dormitorio.

Con esfuerzo la depositó sobre el lecho, porque él no era ningún atleta, y Jezabel no era una chica huesuda, sino todo lo contrario.

Rió sordamente.

La «fiesta» iba a empezar. Se despojó de su cinturón canana para que no le estorbase.

Y en ese momento la voz tranquila, ominosa, lenta, dijo desde la puerta:

—¿Qué le pasa, Fuster? ¿Por qué no me invita a la juerga?

Capítulo XIII

EL CUARTO NAIPE

Fuster se volvió como si le hubiera picado uno de los escorpiones que él guardaba y alimentaba en su trampa.

Lo que vio le hizo lanzar un grito, mientras se desencajaban sus facciones.

No podía ser.

Estaba sufriendo una alucinación.

Con los labios exangües farfulló:

—Gun…

Gun hizo un saludo casi cómico, inclinando la cabeza.

—No hay por qué sorprenderse tanto, señor Fuster.

—Pero… los escorpiones… estaban… a… a…

—Sí, señor Fuster, los escorpiones estaban allí. Y me hubieran liquidado en poco tiempo caso de llevar yo unas botas normales, pero por suerte no las llevaba. Aunque no sabía exactamente en qué consistía su maldita y sucia trampa, estaba seguro de que se trataba de un nido de escorpiones, porque usted mencionó eso ante la muchacha a la que ultrajaron. Por eso he cambiado mis botas hace un momento, naturalmente sin que usted lo supiera. Y mientras los aguijones se clavaban inútilmente en el cuero, yo he tenido tiempo de liquidar a todos esos bichos a pisotones. No sé si por casualidad quedará alguno vivo, pero si queda debe estar mareado. Y si ahora me pregunta cómo he sabido que el de los escorpiones era usted, le diré que me ha hecho recelar su insistencia en que una mujer no debía ocuparse según de qué cosas. Era como una invitación para que entrase yo. Y yo la he aceptado, aun corriendo con todos los

riesgos.

Fuster estaba lívido.

Se daba cuenta de que aquello era el fin.

Desarmado y cobarde, nada podía hacer para evitar su muerte.

Lo único que procuró, en el colmo de la desesperación, fue levantar a Jezabel para protegerse tras ella. Pero Gun no le dio tiempo.

Le disparó fríamente a la cabeza.

Fuster cayó lanzando un chillido de horror. Y ni ese chillido ni el disparo se captaron desde fuera.

Jezabel, que había recobrado el sentido, se cubría el rostro con las manos.

Fuster cayó a sus pies.

Gun volteó el revólver, lo depositó en la funda y susurró:

—Ahora vamos, muchacha. Sólo nos queda un naipe para terminar la partida. Sólo nos queda por jugar la última carta…

CAPÍTULO XIV

PÓKER DE DIFUNTOS

Todos aquellos sucesos, y de un modo especial el hecho de que Gun estuviera apoyado por la hija del *sheriff* —lo que era algo así como tener la protección de la ley—, habían impresionado a la ciudad de Villita.

Pese a que los hechos de sangre menudeaban allí, pocas veces se habían dado con tanta rapidez y en circunstancias tan extrañas.

Por eso el saloon de Baxter estaba lleno de gente que hacía comentarios.

Y por eso todo el mundo tenía el nombre de Gun en la boca. Y los nombres de los tipos que habían muerto frente a su revólver.

Gun se dirigió hacia allí.

Cuando empujó los batientes, con sus características facciones impasibles y pétreas, se produjo en el saloon una especie de movimiento de reflujo. Todos los que se hallaban junto a la entrada del local se retiraron discretamente. Quedó en la barra un amplio espacio libre.

Sin embargo, Gun no pensaba matar a nadie.

No era tampoco de esos hombres que provocan broncas en los saloons.

Baxter se acercó a él en cuanto le vio.

Llevaba en la derecha un vaso y en la izquierda una botella con *whisky* de la mejor calidad.

Vertió un chorro en el vaso antes de tenderlo a Gun.

—Buenas noches —dijo—. Esperaba que viniera. ¿Quiere probar este *whisky*? La casa invita.

Y él mismo tomó otro vaso y se sirvió una buena dosis, que bebió con visibles muestras de placer.

Gun susurró:

—Quiero ver a Stockton.

—Imaginaba que había venido para eso —dijo pesarosamente Baxter—. ¿Pero yo qué puedo hacer?

—Tendrá algún modo de localizarle; alguna dirección; al fin y al cabo son algo así como socios.

—Tanto como eso no; yo le tengo arrendado el local, y él chupa como una sanguijuela de mi negocio.

—Pero tendrá algún sistema para dar con él.

—Siempre que quería verle se lo decía a Faber, pero ahora Faber está muerto.

—¿Y qué se puede hacer?

Baxter se encogió de hombros.

—Le digo lo mismo que hace un momento, amigo: ¿Qué puedo hacer yo? Pero no tardará en enviar a alguien. Ese tipo es de los que no perdonan. Querrá cobrar.

—Tal vez no se atreva.

Baxter lanzó una carcajada.

—Mejor…

Gun sonrió y vació de un trago el vaso de *whisky* que tenía en la mano en aquellos momentos.

—Estupendo —dijo—. Tiene usted un *whisky* de la mejor calidad.

—Éste es sólo para invitaciones. No crea que lo vendo.

Gun se dirigió a la salida. La barra estaba llena de vasos —algunos de ellos casi llenos—, que los bebedores habían dejado al acercarse él. Antes de atravesar los batientes dijo:

—Tendré paciencia. Descansaré en mi hotel hasta que ese individuo de señales de vida.

—Usted será su víctima —advirtió Baxter—. Seguro que Stockton sólo piensa en matarle. Más le valdrá dormir con un revólver debajo de la almohada, Gun.

—Descuide; lo haré.

—Y cierre bien las ventanas. No se fíe nunca de un hombre como Stockton.

—No me sorprenderá —dijo Gun, haciendo un saludo con la

mano.

Y salió.

Cuando entró en su habitación del hotel, minutos después, le acometió una extraña sensación de soledad, una extraña sensación de vacío.

Sabía que había llegado al punto decisivo. Que ahora, efectivamente, Stockton vendría a por él.

Y él, Gun, estaba solo.

Esperando.

Miró el marco con los cinco naipes, mientras hacía deslizarse entre sus dedos el hilo del que pendía la llave que abría aquel marco. De los cinco naipes cuatro correspondían a hombres muertos. ¿Y el último? ¿Cuál era la cara del último?

Gun contempló largo rato aquel naipe vuelto del revés.

Era el único que no se veía, el único que había sido un misterio para todos desde el primer momento.

Al fin Gun suspiró. Perecía estar muy cansado.

Se tendió en el lecho y estuvo unos momentos con los ojos abiertos, pensando. Al fin recordó algo y puso el revólver bajo su cuerpo, no bajo la almohada. Desde allí, con los ojos muy abiertos, veía el marco con los cinco naipes colgado encima de su cabeza. Sólo uno, el vuelto al revés, parecía obsesionarle. La cara que él sabía que estaba dibujada allí constituía para Gun como una obsesión.

Al fin fue cerrando los ojos.

Su respiración se hizo sosegada, regular.

La respiración de un hombre dormido.

En el espeso silencio de la habitación sólo aquello se oía, aquel ritmo tranquilo y regular de sus pulmones.

Transcurrió el tiempo.

Fue imposible decir cuánto. ¿Una hora? ¿Media solamente? Gun no se daba cuenta. La ciudad iba quedando silenciosa, y los grupos en las calles se hacían menos numerosos, pero era como si el tiempo no existiese.

Al fin percibió un leve chasquido.

Era algo casi imperceptible que duró tan sólo unos segundos.

Pero ya hubo bastante para que la puerta se abriera. El que había manejado desde fuera aquella palanqueta era un verdadero

experto.

La hoja de madera fue empujada.

Una figura negra entró en la habitación.

Era la figura de un hombre alto, envuelto en un impermeable negro que disimulaba sus contornos, y cubierto hasta los ojos con un sombrero del mismo color. Cuatro hombres que ya estaban muertos hubieran reconocido muy bien al recién llegado, pero Gun no lo había visto nunca.

Tampoco lo veía ahora.

Su respiración sosegada, tranquila, era lo único que se oía en la habitación.

La figura negra avanzó.

El quinqué que había sobre la mesilla, a la cabecera de la cama de Gun, tenía la mecha alzada al mínimo, o sea que apenas alumbraba. Su resplandor no llegaba a disipar las sombras.

Algo se movió bajo el impermeable negro.

Era un «Colt» 45.

Apareció bajo los pliegues y apuntó directamente a la cabeza de Gun. De debajo de las alas del sombrero brotó una risita silenciosa.

Era el fin.

La treta de Stockton había dado resultado. Gun iba a morir.

Gun alzó un poco la pierna derecha, como el durmiente que cambia de postura.

Sólo eso se movió en él.

Pero algo muy importante acababa de ocurrir con ese simple movimiento. Porque el «Colt» que Gun había mantenido bajo su cuerpo asomaba ahora por la entrepierna y apuntaba directamente a la cabeza del recién llegado.

Éste no podía atreverse a disparar, so pena de morir también.

Porque Gun le apuntaba directamente al corazón.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el joven le estaba mirando, de que en realidad le había estado mirando todo el tiempo a través de sus pestañas. Y fue entonces cuando se dio cuenta también de que no dormía, sino todo lo contrario: estaba dispuesto a matar.

Gun murmuró suavemente:

—¿Sorprendido…, Baxter?

El hombre vestido de negro lanzó una especie de gemido

natural. Su brazo derecho se tensó un poco más, dispuesto a disparar costara lo que costara.

Pero Gun esperaba aquello.

Su brazo izquierdo se había alzado poco a poco mientras el derecho empuñaba el revólver. Cuando Baxter fue a disparar, los dedos ya estaban junto al cañón.

Lo desvió en el último instante.

Su golpe fue tan enérgico que llegó a arrancar el «Colt» de entre los dedos de su enemigo, que no pudo apretar el gatillo. Se oyó un grito. Gun saltó de la cama como si lo hubiera impulsado una catapulta.

Su puño derecho entró en contacto con la mandíbula del otro.

¡Y de qué manera!

La figura negra cayó al suelo. El sombrero que cubría su cabeza y parte de su cara, voló.

Y entonces Gun pudo ver perfectamente aquellas facciones.

Aquel rostro desencajado, lívido, odioso, que era el rostro de Baxter.

Apuntándole con suavidad, el joven murmuró:

—¿Sorprendido? Creyó que dormiría como un lirón toda la noche, ¿verdad?

Baxter farfulló:

—No… no lo entiendo.

—Yo sí que lo entiendo, Baxter. Y le explicaré una sencilla historia para que lo entienda también usted. Empecé a desconfiar el día en que me dijo que Stockton estaba arriba, en el despacho, y luego no lo encontramos, pero vimos un cigarro todavía humeante en una mesa, indicando que Stockton acababa de irse. Me fijé en la marca, aunque usted no lo crea, y me sorprendió ver que era la misma que fumaba usted. A continuación hice una prueba; recordará que al irme volví sobre mis pasos. Usted acababa de ponerse un cigarro entre los labios y lo encendía. También era de aquella marca.

Baxter tembló, mientras sus facciones se amorataban.

Se encogía como una rata asustada, acorralada, que no sabe por dónde huir.

Gun continuó:

—Pero eso podía ser una simple casualidad. Cuando me

convencí de que no lo era fue cuando me dispararon desde aquel tejado y usted me indicó dónde estaba mi enemigo y en cierto modo me dirigió hacia él. Fue un «favor» muy de agradecer, Baxter. Hizo eso porque sabía que había dos pistoleros, uno de los cuales me dispararía por la espalda. Al enviarme a cazar a uno, me ponía automáticamente a tiro del otro. Entonces descubrí su juego, y por eso no me he fiado hoy.

—¿De qué no se ha fiado?

—Del *whisky* que me ha invitado a beber. Cierto que usted ha echado un trago de la misma botella, lo cual indica que en ella no había ningún somnífero. Pero el somnífero estaba ya en el vaso que usted traía tapándolo con los dedos. Lo que he hecho entonces ha sido muy sencillo y rápido; cambiarlo por uno de los varios abandonados que había sobre la barra. Si alguien ha bebido luego el que he dejado yo, estará durmiendo una semana…

Se sentía acorralado, pero su astucia congénita buscaba alguna salida —la que fuese—, para aquella desesperada situación.

Gun continuó con voz suave.

—Stockton no existe… Fue un personaje que se inventó usted para disimular sus actividades. Para que si un día se descubría todo persiguieran a Stockton, es decir a un fantasma, y le dejaran en paz a usted. Sólo Faber estaba en el secreto. Y Faber le está esperando ahora en el Más Allá, Baxter… ¿A qué espera para acompañarle?

Baxter lanzó un rugido.

Se dio cuenta de que estaba perdido, de que iba a morir.

Su propia desesperación le dio unas fuerzas que normalmente no hubiera tenido. Saltó sobre las piernas de Gun cuando éste disparaba, decidido a convertirse en juez y en verdugo al mismo tiempo.

La bala solamente rozó la cabeza del asesino.

Gun había perdido el equilibrio, cayendo de costado sobre la cama. Vio cómo su enemigo se lanzaba al aire con una agilidad que, sinceramente, no había esperado en él.

La ventana se convirtió en astillas.

Stockton-Baxter había caído al vacío.

Pero si creyó que con aquello había ganado algo, se equivocaba. No hizo más que aplazar unos instantes la ejecución. Porque Gun se lanzó tras él con la velocidad de un rayo.

Cayó también a la calle, mientras Stockton se abalanzaba sobre un vaquero que en aquel momento salía distraídamente de un porche.

Su objetivo estaba bien claro: arrebatarle el revólver. Y lo consiguió.

Se volvió con él frenéticamente, mientras hacía fuego.

Sus facciones estaban crispadas en una mueca de rabia, de desesperación, de odio.

Disparó sobre Gun, que en aquel momento daba dos vueltas sobre el polvo de la calle. La bala pareció estallar ante sus ojos. Del revólver de Gun también escapó una llama de color naranja. Stockton-Baxter se estremeció.

De su garganta escapó un aullido.

Aún intentó disparar otra vez. Aún crispó su garganta en un grito de odio.

Gun apretó el gatillo de nuevo. Dos veces más. Tres…

Stockton-Baxter se estremecía a cada nuevo impacto.

Y por fin se derrumbó lentamente.

Gun guardó el revólver.

Lo guardó poco a poco.

Ahora que todo había terminado, se sentía más cansado que nunca.

Volvió sobre sus pasos y regresó al hotel. Acababa de poner los pies en la habitación, y miraba pensativamente el marco con los naipes cuando una voz que él conocía muy bien preguntó a su espalda:

—Siempre he tenido curiosidad, Gun, la misma curiosidad de todo el mundo. ¿Estaba la cara de Baxter en el último naipe?

Gun no contestó.

Se limitó a usar la llave que siempre llevaba consigo y a abrir el marco metálico en el que estaban encerrados los naipes.

Los dejó caer uno a uno.

Primero la serpiente.

Las piernas de mujer.

El escorpión.

El león.

Y por fin quedó el último naipe.

Lo dobló poco a poco entre sus dedos.

En él había una cara, pero era una cara de mujer. La de la hermana de Gun. La de la muchacha que fue ultrajada.

—No sabía quién era el jefe —susurró Gun—. Pero tenía que fingir que lo sabía y que su cara estaba ahí. Tenía que obligarle a dar un paso en falso para que se descubriese él mismo.

Y dejó caer también el naipe al suelo.

Su misión había terminado. La aventura tocaba a su fin.

Pero ahora comenzaba otra, quizá más inquietante. Porque Jezabel se arrojó a sus brazos. ¿Y quién demonios sabe lo que puede terminar ocurriéndole a un hombre cuando se arroja a sus brazos una mujer?

FIN

Notas

[1] Gun, como el lector sabe, significa, en inglés, cañón o arma, y de ahí viene precisamente el nombre de
gun-man,
que es hombre de cañón u hombre de gatillo. (N. del E.). <<